92

SUR

1127E

SUR

se ha mudado a la calle
SAN MARTIN 689

Rogamos a usted que tome nota de
nuestra nueva dirección.

SUR publicará en sus próximos números:

"La reconstrucción de Europa" (II), por N. P. Lenoir.

"Las cartas" (cuento), por Eduardo Mallea.

"La previsión en Valéry", por Pierre Guédennet.

"Motivos de Mira Celi" (poemas), por Jorge de Lima.

"Versos de la penumbra", por Fernández Moreno.

"Filosofía y poesía en el canto espiritual de Maragall", por José Ferrater Mora.

"Elegía", por Bernardo Ortiz de Montellano.

"Españoles de tres mundos" (Dulce María Loynaz, Tomás Meabe, Eugenio Florit), por Juan Ramón Jiménez.

"Noche de muelle" (cuento), por Jorge Amado.

"Letanías ejemplares" (poemas), por Vicente Barbieri.

"En el río" (cuento), por Estela Canto.

"Breve ensayo temporalista", por M. G. Casas.

"Poemas", por José Moreno Villa.

"La serpiente" y **"El corzo"** (poemas), por Salvador de Madariaga.

"El tema amoroso en Thomas Mann", por Marcel Weinreich.

Vient de paraître le numéro 4 de

LETTRES FRANÇAISES

Cahiers trimestriels de littérature française, édités par les soins de la revue SUR *avec la collaboration des écrivains français résidant en France et à l'Etranger.*

SOMMAIRE:

ROGER CAILLOIS: La Pampa.
JACQUES MARITAIN: Politique et Religion.
VICTOR SERGE: Poèmes.
LOUIS GILLET: Joyce Vivant (fin).
MAURICE-EDGAR COINDREAU: Vie et mort d'un poète.

TEXTES À RELIRE:

MONTESQUIEU: Conduite des Romains pour soumettre tous le peuples.

L'ACTUALITÉ LITTÉRAIRE

Revue des Revues: Fontaine, Cahiers du Sud, La France Libre, la Nouvelle Relève; Revues Nord-Américaines, etc. — *Revue des Livres*: YVES SIMON: La grande crise de la République Française; J. V. DUCATTILLON O. P.: La guerre, cette révolution; RAÏSSA MARITAIN: Les grandes amitiés; JACQUES MARITAIN: La pensée de Saint Paul; ANDRÉ MAUROIS: Études littéraires; FORTUNAT STROWSKY: France endormie; JULES ROMAINS: Grâce encore pour la terre...; GEORGES LAKHOVSKY: La civilisation et la folie raciste; ANTOINE BON: Introduction générale à l'histoire de l'art. — Bibliographie.

BULLETIN DE SOUSCRIPTION

(*à retourner à la Revue* SUR, Viamonte 548)

Nom .....

Adresse .....

Abonnement à la serie de 4 cahiers [1]:

Simple	Argentine	$	5,—	Étranger	$	1,50 (dollars)
De soutien (exemplaires de luxe)	„	$	20,—	„	$	6,— „
De Fondation (exemplaires sur papier pur fil, en nombre strictement limité, numerotés de A a Z)	„	$	100,—	„	$	30,— „

Les souscriptions sont reçues à la revue SUR (Viamonte 548; U. T.: 31 - 3220). Buenos Aires. Rep. Argentina. — Les payements peuvent être effectués par chèque ou mandat postal, national ou international, au nom de la revue SUR.

1 Rayer les formules inutiles.

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

MAYO 1942 AÑO XII

BUENOS AIRES

SUMARIO

SILVINA OCAMPO
DOCE EPITAFIOS DE NUBES CHINAS GRABADOS EN LAS PIEDRAS DE UNA TERRAZA

FRANCISCO ROMERO
TRASCENDENCIA Y VALOR

JORGE LUIS BORGES
LA MUERTE Y LA BRÚJULA

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
DILUVIO

N. P. LENOIR
LA RECONSTRUCCIÓN DE EUROPA

NOTAS

Hugo Manning: Sir Hugh Walpole y la novela inglesa ☆ LOS LIBROS ☆ Jorge Luis Borges: "El jardín de senderos que se bifurcan", por *Adolfo Bioy Casares* ☆ Eduardo Mallea: "Todo verdor perecerá", por *Guillermo de Torre* ☆ Alfonso Reyes: "Pasado inmediato y otros ensayos", por *Enrique Anderson Imbert* ☆ Gilbert Murray: "El espíritu de libertad y la civilización", por *Arturo Monfort* ☆ POLÉMICA ☆ *Jorge Luis Borges*: Observación final ☆ La Universidad y la cultura ☆ Waldo Frank en Buenos Aires.

DOCE EPITAFIOS DE NUBES CHINAS GRABADOS EN LAS PIEDRAS DE UNA TERRAZA

I

¡Tú que puedes mirar mi tumba abstracta
llora mi ausencia en la terraza quieta!
Yo fuí de un parricida la memoria.
Mis esplendores fueron un suplicio
tan bien organizado, que un tirano
para buscarme atravesó desiertos.

II

Fuí doscientos sesenta y dos palacios
comunicados por secretas sendas
donde paseaba el Hombre Verdadero,
llevando un doble espejo en una mano
e ignorando el dolor, la estrella, el miedo.
Fuí el ambiguo reverso de esa vida;
entre tambores capturados y hombres
fuí la espada falaz del vencedor.

III

En posturas rituales del lamento,
con no acabados brazos de mujeres,
con muertes imperfectas, mejoré
la Clasificación de los Dolores.

IV

Fuí el muro que otorgaba a los orines
de aquel león tibetano, la virtud
de reflejar el ávido futuro
de los graves *tulkus* del Himalaya.

V

No mostré ni el seguro crisantemo
ni la fácil figura de una niña;
no en vano fuí estudiada por un santo:
en la región central de mi blancura
convertí en una música mis formas,
con el zumbido ecuánime del tábano.
Me llamaron La Savia del Espacio,
La Traducción Amable de los Ruidos,
La Sexta Forma de Esperar el Verbo,
La Visión del Futuro y del Pasado,
El Impulso Falaz, El Laberinto
Translúcido y El Quieto Movimiento.

VI

Las nubes del pasado no tuvieron,
como ella, trenzas y uñas dibujadas,
un laberinto en miniatura, cópulas,
tres mil jardines donde se anunciaron
las *Memorias históricas*, la noche,
y Seu-ma Tan, altivo entre las sombras,
viendo una nube extraña y amarilla,
con sus oblicuos ojos estudiosos.

VII

Su tristeza fué de oro y con figuras.
Las olas que rompieron en sus costas
construyeron el Templo de la Eterna
y Amabilísima Felicidad,
cuyas ventanas daban cuatro cielos
donde se vieron simultáneamente
cuatro caras absortas de la misma
concubina del rey, con ocho lágrimas.

VIII

Fué el corazón de una paisana encinta.
Tuvo los pies desnudos y bailaron
sobre las orquidëas designadas;
la fecundó el desconocido río
donde K'ui Yan se suicidó cansado,
después del último y nefasto diálogo.
Fué la mujer que se transforma en hombre
y el caballo que vela en una tumba.

IX

No conocí las formas de mis caras.
El color del poniente me inquietó:
pude ser un incendio, una batalla,
un jardín adornado con basuras.
¡Oh eminentes señores del futuro!
Me contemplaron dieciséis terrazas,
tal vez un pájaro en las piedras húmedas,
una mujer, un niño (tristes, jóvenes)
y no el Emperador que me esperaba.

X

Las nubes del futuro envidiarán
su compleja y veloz metamorfosis;
sus gladiadores altos y nocturnos;
su traje de etiqueta complicado
(del Primero y Augusto Soberano);
sus dedos que formaron cinco lunas;
plácidamente efímera su playa,
extensa y memorable como el mundo.

XI

Con un color de mandarina pálida,
como un dios extranjero aparecí.
Torpe fué la tristeza de mi carne:
engendró melancólicos discípulos.

XII

Lo más noble es el pueblo, luego vienen
los altares del suelo, las cosechas,
y en el último sitio estará el príncipe:
la hermosa voz hostil a los tiranos,
la voz de Mencius en mi seno hablaba
en las primeras horas de una rosa.

SILVINA OCAMPO

TRASCENDENCIA Y VALOR

Las presentes reflexiones sobre el valor se sitúan sistemáticamente a continuación de mi "Programa de una filosofía" (SUR, Nº 73), o, mejor dicho, vienen a incorporarse al "Programa", proporcionando, en los mismos términos de estricto esquematismo, las bases generales para una futura resolución del problema del valor dentro del cuadro y del espíritu de aquel escrito. En mi opinión, el camino que aquí se propone deriva en manera, si no forzosa, por lo menos natural, de las tesis sentadas allí.

Creo que estas sucintas apuntaciones bastarán para dar una idea de la dirección en que se mueve la solución que propongo. Espero estar pronto en condiciones de aclarar estos puntos de vista, exponiéndolos más extensamente y con más sólidos argumentos, en un trabajo que preparo y que denomino provisionalmente "Trascendencia, espíritu y valor". La comprensión de esta nota se facilitará con la lectura del recordado "Programa de una filosofía".

ESPÍRITU Y TRASCENDENCIA

En el "Programa" se adelantaban, entre otras, estas tesis:

La trascendencia es el elemento o momento positivo en los entes (acaso el ser del ente).

Los dos esquemas fundamentales para entender la realidad, el de estructura y el de evolución o desarrollo, rectamente comprendidos, suponen la trascendencia.

En la escala de los entes reales, la sucesión cuerpo físico, cuerpo vivo, psique, espíritu, muestra un crecimiento del trascender, que en el espíritu llega a su grado máximo y final: en el espíritu se da la absoluta trascendencia. En los entes ideales hay trascendencia también.

Mientras que la inmanencia es racional (y aun el supuesto de toda racionalidad estricta), el trascender es irracional: de aquí las dificultades para la admisión de la trascendencia en la filosofía, el laborioso esfuerzo y aun el ímpetu revolucionario que han sido indispensables para aceptarla por este o por el otro costado.

Lo que de momento interesa al objeto de estas apuntaciones es únicamente la determinación del espíritu como plena y absoluta trascendencia.

La distinción entre psique y espíritu es ya habitual en filosofía. Para Scheler, que es un excelente punto de partida, caracterizan al espíritu tres notas esenciales: libertad, objetividad y autoconciencia. La objetividad es un ponerse a lo que es y lo que vale, sin más atadura a nuestro centro propio que ser nuestro yo el agente. Esto distingue el acto espiritual del meramente psíquico, que vuelve en cierto modo sobre el sujeto y supedita su intención a la subjetividad individual (o específica) concreta. El hombre en cuanto espíritu se "halla abierto al mundo", "tiene mundo", al que reconoce sustantividad y ser propio; el animal, en cambio, tiene "medio", un contorno que se actualiza y define en función de sus necesidades y conveniencias empíricas. "En el animal, lo mismo si tiene una organización superior que si la tiene inferior, toda acción, toda reacción llevada a cabo, incluso la "inteligente", procede de un estado fisiológico de su sistema nervioso, al cual están coordinados, en el lado psíquico, los impulsos y la percepción sensible. Lo que *no* sea inte-

resante para estos impulsos, no es dado; y lo que es dado, es sólo dado como centro de resistencia a sus apetitos y repulsiones" [1].

Las tres notas del espíritu en opinión de Scheler, libertad, conciencia de sí y objetividad, *se dejan reducir a la trascendencia*, y lo mismo otro rasgo que suele asignarse a la espiritualidad, la unidad. Para la libertad y la autoconciencia referidas a la trascendencia, hay incitantes comprobaciones en Heidegger; en mi opinión, él es uno de los que han visto con más profundidad en este asunto, aunque toda su interpretación recaiga y naufrague en una nueva y definitiva inmanentización, en un final encierro de la existencia humana dentro de su propio círculo, al entenderla en última instancia como "ser para la muerte". Las conclusiones de Heidegger están condicionadas por manejar él como noción central la de existencia, que aunque pretenda situarse en un plano *sui generis*, necesariamente incluye tanto las determinaciones psíquicas como las propiamente espirituales, renunciando con ello a la separación o distinción más fecunda para la resolución del problema antropológico; y por extremar la reacción contra el intemporalismo tradicional, atribuyendo al ente privilegiado que es la existencia no sólo la temporalidad, sino la finitud temporal como principal atributo. Contra esta última afirmación de la finitud, el acto espiritual lleva consigo un *más allá de la muerte*, y el complejo de la actividad espiritual humana va creciendo desde el punto de vista de la eternidad; lo más conmovedor en el espíritu es comprobar cómo, transido de tiempo y último escalón de una serie

[1] Ver *El puesto del hombre en el cosmos*, en particular el cap. II. Todo el libro es maravillosamente aclaratorio sobre esta cuestión filosófica capital, para la cual las precisiones escasean en manera sorprendente.

temporal, triunfa sobre el tiempo mediante actos que son, sin embargo, temporales.

Un examen, aun a la ligera, de la objetividad permite reducirla a la trascendencia. Un acto es plenamente objetivo cuando se determina, no por la subjetividad de la cual parte, sino por el objeto sobre el cual recae. Es objetivo el reconocimiento cognoscitivo del objeto fielmente y tal como se da, sin atender sino a su índole y sus modos; sería objetiva, en su caso, la admisión de un valor en sí, sin contraponerle nuestra reacción individual, sin supeditarlo a lo que deseamos, nos agrada o nos conviene. En tales actos es fácil ver que el movimiento trascendente es lo fundamental; realizan una especie de ida sin regreso, un ponerse a algo ajeno a nosotros en cuanto somos unidades efectivas, singularidades vivientes. Se dirá acaso que traemos a nosotros y hacemos nuestro en la conciencia lo conocido a que asentimos trascendiendo hacia ello; pero estos regresos no constituyen propiamente inmanentizaciones, no subordinamos ese saber o ese valor a nuestro yo empírico individual, no los reducimos a nuestra efectiva y concreta inmanencia, sino que los alojamos intactos en nosotros conscientes de su índole trascendente, nos convertimos —por decirlo así— en un espejo que guarda la imagen de algo que es por esencia ajeno y exterior al espejo mismo. El acto práctico espiritual, el acto ético, posee el mismo carácter de plena trascendencia.

Podría interpretarse esta actividad trascendente como una fuga de nuestro yo, casi como una disolución o resolución de nuestro ser en lo que no es él mismo, como desmedro y anulación. No hay tal. Lo que origina confusiones semejantes es la irracionalidad, anotada desde el principio, de la trascendencia. El acto trascendente niega en cierto modo la

individualidad empírica del sujeto, al determinarse por su objeto, pero afirma en cambio la "personalidad" del sujeto. Hay una potenciación del sujeto al vivir, compartiéndola, una vida de radio mucho más largo que la de la estricta inmanencia individual, una vida de radio infinito o ilimitado. Ocurre una *universalización* del sujeto, que, sin perderse como tal sujeto, incide en cada instancia del todo mediante actos cognoscitivos, éticos, estéticos, etc. La objetividad así entendida, como plena trascendencia, explica pues la *universalidad* que, clara u oscuramente, se suele reconocer de ordinario como atributo de lo espiritual, contraponiéndola al particularismo de lo no espiritual, de lo meramente psíquico.

Dos palabras ahora en cuanto a las relaciones de lo espiritual con lo psíquico. El acto espiritual está constituído, podría decirse, con sustancia psíquica; esto es, es afín en todo al acto psíquico *salvo en su intención absolutamente trascendente;* pero esta intención es determinante y fundamental, y basta para dar lugar a una esencial distinción ontológica [1]. Por otra parte, el acto espiritual sucede en el complejo psíquico, con innumerables entrelazamientos y complicaciones con él. El examen del acto espiritual se dificulta si no se lo aísla con rigor de los actos de sentido inmanentista con los cuales aparece entremezclado de continuo. Basta, sin embargo, atender a su carácter diferencial y específico, la trascendencia plena, para distinguirlo. Las filosofías de la pura actualidad han insistido en la índole no sustancial del espíritu; su aporte positivo ha sido la superación del sustancialismo. Pero la actualidad conviene tanto

[1] Nótese que las cuatro grandes especies del ente real, lo material, lo viviente, lo psíquico y lo espiritual, desde cierto respecto se agrupan de a dos en algo así como dos géneros, dentro de cada uno de los cuales la "materia" es idéntica pero la legalidad es distinta para las dos especies. La legalidad, no la "materia", es lo que distingue lo espiritual de lo psíquico, y lo mismo lo viviente de lo material inanimado.

a lo espiritual como a cualquier psiquismo; lo propio y exclusivo del espíritu es la absoluta trascendencia del acto.

Trascendencia y valor

El acto espiritual se agota en su intención trascendente: el espíritu no es sino vida en la trascendencia. Un acto de conocimiento, por ejemplo, será espiritual si se ciñe a su objeto y trata nada más que de aprehenderlo, si mantiene limpia su teoreticidad, si es trascendencia pura. Naturalmente, la cuestión no se reduce a este planteo elemental, porque los actos no se dan solitarios y desconectados, sino en la doble complicación y solidaridad del complejo espiritual y del complejo psíquico. Una discriminación un poco cuidadosa, sin embargo, podrá "en teoría" determinar la índole del acto, aunque en la práctica será difícil, acaso imposible la determinación.

La intención no-espiritual, inmanentizadora, puede revestir aspectos variados. Un acto de conocimiento, por ejemplo, puede ir de antemano combinado con ingredientes del orden individual o subjetivo, preferencias, deseos, expectativas. Hasta qué punto enturbie esto la índole espiritual del acto es materia discutible, porque la intención trascendente puede ser, a pesar de todo, enérgica y aun absoluta, aunque haya como una desviación del acto mismo, y por otra parte, la espiritualidad residirá en aquel costado o aspecto del acto por el cual es trascendencia pura hacia el objeto. En cambio, un acto puede ofrecer todos los caracteres de lo espiritual sin serlo; para quedar en los hechos de conocimiento: un

movimiento cognoscitivo puede aparecer desinteresado y trascendente, y destinado a integrarse en un cuerpo de teoría que a su vez ofrezca todos los caracteres del mero saber sin propósito alguno ajeno a la teoreticidad, y a su vez esta teorización puede formar parte de la muy amplia actividad de una vida humana consagrada por entero al saber. Pero acaso el móvil último de toda esta máquina que aparenta funcionar según su ley propia esté en realidad fuera de ella, y sea la soberbia, o una ambición de nombre y fama, o un afán de lucro, u otra cosa por el estilo. En este caso, habría que distinguir: el resultado objetivado, el acto y la teoría tomados en sí mismos, tal como figurarían, por ejemplo, en una historia de la ciencia, serían momentos espirituales si el móvil extraño no ha alcanzado a desvirtuarlos; pero con relación al sujeto, no, ya que irían gobernados por un interés de tipo individual. Lo que en el aspecto objetivo termina en una actitud trascendente y viene a agregarse a las adquisiciones humanas en este campo, desde el punto de vista del agente, en este caso, se integra en un complejo de evidente sentido inmanentista. Por otra parte, una indagación puede ser resueltamente utilitaria y desprovista de toda significación teórica, carente por lo tanto en sí de intención trascendente, pero encuadrada dentro de un propósito ético, del que es parte o momento, propósito éste sí de sentido trascendente, que derrama su dignidad final sobre el sentido funcional de las operaciones cognoscitivas y lo envuelve y recubre.

Consideraciones de este orden serán necesarias para una aclaración suficiente del asunto, y han sido realizadas abundantemente en las teorizaciones sobre el valor; pero las dificultades de esta aclaración no obstan, según mi parecer, a la validez y rigor del principio o criterio para defi-

nir la espiritualidad: la trascendencia total del acto. Recuérdese, de paso, que hay sobre tema afín una discrepancia grave para la ética —discrepancia que habrá que resolver a la luz del principio enunciado— entre la que podríamos denominar la ética del esfuerzo y la renuncia, recelosa en extremo de cualquier sentimiento de complacencia o agrado colateral al acto ético, y la que se puede llamar la ética de la gracia, que sólo admite lo ético como expresión de una índole ética, de una conciencia en la que la eticidad brota naturalmente, con placidez y espontaneidad. Discusiones sobre todo esto tendrán su sitio apropiado en un examen más extenso y completo del asunto, del cual sólo se acotan algunos extremos decisivos en la ocasión presente.

Lo que vale en el conocimiento, el valor especial en la esfera cognoscitiva, tiene dos aspectos, que podríamos denominar el impersonal y el personal. En el conocimiento tomado por sí mismo (la proposición en sí de Bolzano), sin referencia alguna al sujeto, el valor recae sobre la verdad. No digo que el valor es la verdad, porque la verdad es una peculiar relación entre el conocimiento y su objeto, y, como relación, instancia de carácter entitativo, y no pura instancia de validez. Las nociones de verdad y de validez pueden separarse, como lo atestiguan dos famosos versos de Schiller: "Sólo el error es la vida — el conocimiento es la muerte", en los que halló Vaihinger la primera incitación para su doctrina pragmatista, según propia confesión. En el conocimiento considerado como acto de un agente, el valor no recae sobre la verdad sino sobre la veracidad. En ambos casos, como se ha apuntado antes, lo capital es la trascendencia. El conocimiento verdadero es proyección hacia el objeto, supeditación del conocimiento al objeto, trascendencia del

conocimiento hacia algo que no es él y que lo determina, y todo lo que entorpezca esta polarización, todo, desde el error material y grosero hasta las categorías trascendentales, obsta a la verdad, a aquella (posible o imposible, esto aquí no importa) adecuación al objeto en que consiste la verdad y sobre la que carga el valor. Para lo tocante al conocimiento en cuanto actividad de un sujeto, la suma posibilidad valiosa consiste y se agota en la veracidad, en el tender sin más hacia la verdad, en la denodada intención de trascender absolutamente hacia el objeto. Así como el conocimiento impersonal vale en cuanto es efectiva trascendencia hacia el objeto, así en el acto personal de conocimiento la relación se establece entre un foco personal del que parte una intención, y el objeto de la intención, y el valor no sobreviene porque la intención alcance su objetivo (lo que puede depender de circunstancias ajenas a la intención misma), sino que se implanta en la intención cuando lleva implícita la voluntad de trascender limpiamente hacia el objeto, cuando está desprovista de cualquier móvil individual, inmanentizador, esto es, de cualquier propósito mediatizador del conocimiento. Hay, pues, en el campo del saber, dos maneras de realización valiosa, o dos caras, una meramente teórica y otra también práctica o ética: la supeditación del conocimiento (en sí y en abstracto) a su objeto, y la supeditación de la intención del sujeto al objeto. Y en ambos casos la pureza, perfección y plenitud coinciden con la trascendencia hacia el objeto, con la proyección (del conocimiento mismo o de la intención, respectivamente) hacia él, sin intervención de elementos perturbadores, que son sin excepción inconvenientes o tropiezos en la vía de la trascendencia. El valor de conocimiento depende, por tanto, de la trascendencia teórica hacia el objeto.

Al margen de la capital comprobación de que el valor cognoscitivo se adscribe a la trascendencia, aparecen varias consecuencias de singular importancia que serán tomadas en consideración más adelante. Y ante todo la de que el imperativo de deber ser que acompaña naturalmente al valor impone la trascendencia cognoscitiva hasta el último límite en extensión y hondura, es decir, arrastra la exigencia de ilimitado saber. Por deficiencias en la fundamentación, se ha caído con frecuencia en graves errores sobre la índole del afán de conocimiento, el peor de los cuales es sin duda el que subordina el saber a la utilidad. Decir que el ansia de saber es consustancial con el hombre es enunciar una verdad, pero es también dejarla en el aire. Según la opinión sustentada aquí, al coincidir el valor de conocimiento con la trascendencia hacia el objeto, la exigencia de realizar el valor en su medida máxima (ínsita en el valor) origina el requerimiento de ilimitada trascendencia hacia el objeto, con lo que se justifica y fundamenta el propio derecho del saber científico y filosófico, su dignidad y autonomía, su sentido último y su consustancial rebeldía a dejarse subordinar a cualquier otra instancia. Toda teoría del saber debe tomar en cuenta esta cuestión del sentido último del conocimiento, que en la dirección de las presentes apuntaciones se contesta así: El grado superior de la serie ontológica, el espíritu, aparece como un haz unitario de actos trascendentes, y una de las especies de tales actos es la de los actos de trascendencia teórica o cognoscitiva. Pero, al mismo tiempo, estos actos valen absolutamente, porque el valor cognoscitivo está adherido a la trascendencia del acto y depende de ella [1].

[1] He intentado anteriormente una fundamentación del sentido y autonomía del saber, que aunque distinta de la esbozada aquí, no se le opone. Ver *Filosofía de la persona*, en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, año 1935, tomo XXI, especialmente págs. 288 y sig.

Pasemos al dominio ético, ya rozado al hablar del conocimiento como intención en acto o actividad personal. Creo no exagerar al decir que la asimilación del valor ético a la trascendencia es un dato común y universal de la experiencia humana: ya la palabra "altruísmo" expresa ese tránsito del sujeto a lo que no es él, la trascendencia de cada centro personal a los centros ajenos. Toda auténtica doctrina ética no es sino teorización de una comprobación inmediata, de la experiencia íntima del primer axioma moral, que manda obrar desde el punto de vista de la comunidad ideal de las personas, y no desde el punto de vista del sujeto en cuanto individuo singular; también es una intuición primaria y común la de que no hay más pecado en ética estricta que el egoísmo, esto es, el centrar la acción en el sujeto singular y referirla a él solo, el obrar en el sentido de la inmanencia. La máxima evangélica "no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti" y las kantianas que prescriben obedecer a la norma que se pueda universalizar y considerar a cada hombre como un fin en sí, vienen a significar lo mismo: la desindividualización del acto, su universalización, su trascendencia. De aquí esa curiosa impresión de limitación y estupidez, de cerrazón espiritual, que suele producir la maldad: la acción moral se reparte por un vasto contorno, como si el sujeto se moviese libremente por un amplio paisaje iluminado; la inmoral se circunscribe y retrae a un punto, el yo privado del sujeto, como si una densa tiniebla a su alrededor lo redujese a no ver sino su propia concreta realidad. Mientras que el acto moral atiende a fines extraindividuales; saca al sujeto fuera de sí mismo, al aire y a la luz, y tiene algo del gesto abierto y gracioso del atleta que lanza el disco, el acto inmoral comienza y termina en el círculo del interés empírico

del agente, sucede en su propio y oscuro recinto, como si sólo un instante saliera el sujeto de sí para arrastrar a su cueva la presa robada. En lo ético, como en lo cognoscitivo puro, la actitud es trascendente. Pero la trascendencia cognoscitiva termina con el "ponerse" teóricamente al objeto, con asentir a lo que es, con el pronunciar, tras la aprehensión, un "así es esto". En lo ético, en cambio, no se apunta a la instancia fin de la acción para recoger su imagen, sino para gobernar según ella nuestro obrar; es como si, en vez de decir; "así es esto", se dijese tácitamente: "tú eres esto también" ("tat tvam asi"), y se operase en consecuencia.

Podría decirse ahora que a lo que se supedita la acción ética es a la norma, o al valor; aunque así fuera, el carácter trascendente del acto moral, como adhesión a la norma o al valor supraindividual, continuaría definiéndolo al señalar el contraste con la intención evidentemente inmanentista del acto inmoral, atado a la realidad singular y empírica del agente. Pero, en mi opinión, el valor en esta esfera, como para la cognoscitiva, recae sin más sobre la trascendencia del acto. A primera vista, surge este inconveniente: Si la acción ética se rige por los centros personales ajenos, se "pone" a ellos, podría adherir a fines que en sí no fueran éticos; esto es, el sujeto obraría éticamente, pero su acción serviría acaso a los propósitos inmorales de los sujetos extraños. Tal aparente dificultad se deshace pronto. Lo esencial y definitorio es la absoluta trascendencia del acto, y esa trascendencia se negaría si el acto, a la larga, se invirtiera en la contraria dirección inmanentista. El acto ético, por su esencia, toma como fines a su vez los sujetos de actos espirituales, porque la trascendencia no sería plena y efectiva en el obrar si no se encaminara hacia focos de semejante acción trascendente. El deber ab-

soluto es, pues, sólo hacia las personas, hacia los núcleos de actos espirituales, de intenciones trascendentes. Nótese que digo "el deber absoluto". En una especificación y discusión al por menor de los deberes, probablemente encontraríamos que el deber va hacia todo momento de trascendencia —recuérdese ese vago sentimiento, más de una vez registrado, de la responsabilidad universal—; que los deberes relativos se escalonan según la relativa porción de trascendencia que en cada ente se actualiza. En resumen, la acción ética sería la que de propósito se regula sobre la trascendencia misma, que cada vez se nos aparece con mayor evidencia como la componente positiva del todo, como el ser del ente.

Metafísica y axiología

Conjugando las indicaciones contenidas en el "Programa de una filosofía", donde se hablaba de la trascendencia en el orden ontológico, con estas de ahora, que asignan el valor a los actos trascendentes del sujeto, lo primero que nos sale al paso es la aproximación —casi unificación— del ser y del valer, la correspondencia estricta entre metafísica y axiología. La serie ontológica —cuerpo físico, cuerpo vivo, psique, espíritu— muestra en mi entender, como ya se ha dicho, un crecimiento de la trascendencia; la trascendencia es total en los actos espirituales, en los actos superiores denominados vulgarmente "desinteresados" (tal desinterés es precisamente la ausencia de intención inmanentizadora), y estos actos, a su vez, son los que encarnan el valor, como por otra parte lo reconoce

unánimemente la experiencia común. Quedaría por examinar en este punto si el valor recae sólo sobre los actos trascendentes personales, o si se adjunta también a cualquier dosis de trascendencia que ocurra en los entes. Desde luego, aunque la respuesta fuera desfavorable para el segundo término de la alternativa, no es dudoso que una singular dignidad ha de admitirse en el trascender no espiritual (físico, orgánico, psíquico), en cuanto ímpetu, que al final desemboca y se resuelve en la suma validez, acaso por una íntima necesidad y como su natural punto de llegada.

La unidad de ser y valor se nos ofrece como identidad del principio ontológico esencial y de aquello que determina y recibe el valor; manteniéndose, empero, la distinción entre las dos caras del todo, la faz entitativa y la faz valiosa, lo que es y su validez. La unificación sucede sobre todo en el espíritu, instancia en que la trascendencia, libre de cualquier traba, se afirma omnímoda. En el espíritu, el principio ontológico positivo, no sólo celebra su triunfo y llega a su culminación, sino que se vuelve sobre sí mismo, se busca en el mundo, en las dispares manifestaciones de la realidad espiritual y no espiritual, se asocia conscientemente a ellas en cuanto con él participan de un mismo ser. En el conocimiento, explora toda la realidad, y se encarniza en la búsqueda metafísica — en la discriminación del elemento activo y esencial de los entes, raíz y último fundamento de ellos. Hay en tal apropiación teórica o cognoscitiva como una neutralidad ante lo dado, aunque la intención vaya atraída ante todo por el momento de ser que encarna en los entes. De modo distinto ocurren las cosas en la postura ética, que importa un asentimiento exclusivo y operante al trascender, una verdadera colaboración con el

principio metafísico de la realidad. En la eticidad, la trascendencia hace del ser —de sí misma— su fin y su destino, se inclina sobre sí misma resuelta a imponer su ley. La observación frecuente de que lo ético cala más hondo en lo metafísico que lo cognoscitivo, encuentra por este lado su justificación, porque la eticidad es la suprema y definitiva afirmación del ser por sí mismo. No es ya la trascendencia parcial, buscando mediante tanteos y ensayos nuevos caminos para extenderse y generalizarse hasta alcanzar su postrera posibilidad. No es tampoco ese universal derramarse sobre el todo y ahondar sin sosiego en su entraña, sin intervenir en él, que es el conocimiento. Es trascendencia vuelta activamente sobre la trascendencia misma, reencuentro y autoafirmación.

FRANCISCO ROMERO

LA MUERTE Y LA BRÚJULA

A Mandie Molina Vedia

De los muchos problemas que ejercitaron la temeraria perspicacia de Lönnrot, ninguno tan extraño —tan rigurosamente extraño, diremos— como la periódica serie de hechos de sangre que culminaron en la quinta de Triste-le-Roy, entre el interminable olor de los eucaliptos. Es verdad que Erik Lönnrot no logró impedir el último crimen, pero es indiscutible que lo previó. Tampoco adivinó la identidad del infausto asesino de Yarmolinsky, pero sí la secreta morfología de la malvada serie y la participación de Red Scharlach, cuyo segundo apodo es Scharlach el Dandy. Ese criminal (como tantos) había jurado por su honor la muerte de Lönnrot, pero éste nunca se dejó intimidar. Lönnrot se creía un puro razonador, un Auguste Dupin, pero algo de aventurero había en él y hasta de tahur.

El primer crimen ocurrió en el Hôtel du Nord —ese alto prisma que domina el estuario cuyas aguas tienen el color del desierto. A esa torre (que muy notoriamente reúne la aborrecida blancura de un sanatorio, la numerada divisibilidad de una cárcel y la apariencia general de una casa mala) arribó el día tres de diciembre el delegado de Podólsk al Tercer Congreso Talmúdico, doctor Marcelo Yarmolinsky, hombre de barba gris y ojos grises. Nunca sabremos si el Hôtel du Nord le agradó: lo aceptó con la antigua resignación que le había permitido tolerar tres

años de guerra en los Cárpatos y tres mil años de opresión y de pogroms. Le dieron un dormitorio en el piso R, frente a la *suite* que no sin esplendor ocupaba el Tetrarca de Galilea. Yarmolinsky cenó, postergó para el día siguiente el examen de la desconocida ciudad, ordenó en un *placard* sus muchos libros y sus muy pocas prendas, y antes de media noche apagó la luz. (Así lo declaró el *chauffeur* del Tetrarca, que dormía en la pieza contigua). El cuatro, a las 11 y 3 minutos a.m., lo llamó por teléfono un redactor de la *Yidische Zaitung;* el doctor Yarmolinsky no respondió; lo hallaron en su pieza, ya levemente oscura la cara, casi desnudo bajo una gran capa anacrónica. Yacía no lejos de la puerta que daba al corredor; una puñalada profunda le había partido el pecho. Un par de horas después, en el mismo cuarto, entre periodistas, fotógrafos y gendarmes, el comisario Treviranus y Lönnrot debatían con serenidad el problema.

—No hay que buscarle tres pies al gato, —decía Treviranus, blandiendo un imperioso cigarro—. Todos sabemos que el Tetrarca de Galilea posee los mejores zafiros del mundo. Alguien, para robarlos, habrá penetrado aquí por error. Yarmolinsky se ha levantado; el ladrón ha tenido que matarlo. ¿Qué le parece?

—Posible, pero no interesante —respondió Lönnrot—. Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante. Yo le replicaré que la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no las hipótesis. En la que usted ha improvisado, interviene copiosamente el azar. He aquí un rabino muerto; yo preferiría una explicación puramente rabínica, no los imaginarios percances de un imaginario ladrón.

Treviranus repuso con mal humor:

—No me interesan las explicaciones rabínicas; me interesa la captura del hombre que apuñaló a este desconocido.

—No tan desconocido, —corrigió Lönnrot—. Aquí están sus obras

completas—. Indicó en el *placard* una fila de altos volúmenes: una *Vindicación de la cábala;* un *Examen de la filosofía de Robert Fludd;* una traducción literal del *Sepher Yezirah;* una *Biografía del Baal Shem;* una *Historia de la secta de los Hasidim;* una monografía (en alemán) sobre el Tetragrámaton; otra, sobre la nomenclatura divina del Pentateuco. El comisario los miró con temor, casi con repulsión. Luego, se echó a reír.

—Soy un pobre cristiano —repuso—. Llévese todos esos mamotretos, si quiere; no tengo tiempo que perder en supersticiones judías.

—Quizá este crimen pertenece a la historia de las supersticiones judías — murmuró Lönnrot.

—Como el cristianismo — se atrevió a completar el redactor de la *Yidische Zaitung.* Era miope, ateo y muy tímido.

Nadie le contestó. Uno de los agentes había encontrado en la pequeña máquina de escribir una hoja de papel con esta sentencia inconclusa:

La primera letra del Nombre ha sido articulada

Lönnrot se abstuvo de sonreír. Bruscamente bibliófilo o hebraísta, ordenó que le hicieran un paquete con los libros del muerto y los llevó a su departamento. Indiferente a la investigación policial, se dedicó a estudiarlos. Un libro en octavo mayor le reveló las enseñanzas de Israel Baal Shem Tobh, fundador de la secta de los Piadosos; otro, las virtudes y terrores del Tetragrámaton, que es el inefable Nombre de Dios; otro, la tesis de que Dios tiene un nombre secreto, en el cual está compendiado (como en la esfera de cristal que los persas atribuyen a Alejandro de Macedonia) su noveno atributo, la eternidad —es decir, el conocimiento inmediato de todas las cosas que serán, que son y que han sido en el universo. La tradición enumera noventa y nueve nombres de

Dios; los hebraístas atribuyen ese imperfecto número al mágico temor de las cifras pares; los Hasidim razonan que ese hiato señala un centésimo nombre — el Nombre Absoluto.

De esa erudición lo distrajo, a los pocos días, la aparición del redactor de la *Yidische Zaitung*. Éste quería hablar del asesinato; Lönnrot prefirió hablar de los diversos nombres de Dios; el periodista declaró en tres columnas que el investigador Erik Lönnrot se había dedicado a estudiar los nombres de Dios para dar con el nombre del asesino. Lönnrot, habituado a las simplificaciones del periodismo, no se indignó. Uno de esos tenderos que han descubierto que cualquier hombre se resigna a comprar cualquier libro, publicó una edición popular de la *Historia de la secta de los Hasidim.*

El segundo crimen ocurrió la noche del tres de enero, en el más desamparado y vacío de los huecos suburbios occidentales de la capital. Hacia el amanecer, uno de los gendarmes que vigilan a caballo esas soledades vió en el umbral de una antigua pinturería un hombre emponchado, yacente. El duro rostro estaba como enmascarado de sangre; una puñalada profunda le había rajado el pecho. En la pared, sobre los rombos amarillos y rojos, había unas palabras en tiza. El gendarme las deletreó... Esa tarde, Treviranus y Lönnrot se dirigieron a la remota escena del crimen. A izquierda y a derecha del automóvil, la ciudad se desintegraba; crecía el firmamento y ya importaban poco las casas y mucho un horno de ladrillos o un álamo. Llegaron a su pobre destino: un callejón final de tapias rosadas que parecían reflejar de algún modo la desaforada puesta de sol. El muerto ya había sido identificado. Era Daniel Simón Azevedo, hombre de alguna fama en los antiguos arrabales del Norte, que había ascendido de carrero a guapo electoral, para degenerar después en ladrón y hasta en delator. (El singular estilo de su muerte les pareció adecuado: Azevedo era el último

representante de una generación de bandidos que sabía el manejo del puñal, pero no del revólver). Las palabras de tiza eran las siguientes:

La segunda letra del Nombre ha sido articulada.

El tercer crimen ocurrió la noche del tres de febrero. Poco antes de la una, el teléfono resonó en la oficina del comisario Treviranus. Con ávido sigilo, habló un hombre de voz gutural; dijo que se llamaba Ginzberg (o Ginsburg) y que estaba dispuesto a comunicar, por una remuneración razonable, los hechos de los dos sacrificios de Azevedo y de Yarmolinsky. Una discordia de silbidos y de cornetas ahogó la voz del delator. Después, la comunicación se cortó. Sin rechazar aún la posibilidad de una broma (al fin, estaban en carnaval) Treviranus indagó que le habían hablado desde *Liverpool House*, taberna de la Rue de Toulon —esa calle salobre en la que conviven el cosmorama y la lechería, el burdel y los vendedores de biblias. Treviranus habló con el patrón. Este (Black Finnegan, antiguo criminal irlandés, abrumado y casi anulado por la decencia) le dijo que la última persona que había empleado el teléfono de la casa era un inquilino, un tal Gryphius, que acababa de salir con unos amigos. Treviranus fué en seguida a *Liverpool House*. El patrón le comunicó lo siguiente: Hace ocho días, Gryphius había tomado una pieza en los altos del bar. Era un hombre de rasgos afilados, de nebulosa barba gris, trajeado pobremente de negro; Finnegan (que destinaba esa habitación a un empleo que Treviranus adivinó) le pidió un alquiler sin duda excesivo; Gryphius inmediatamente pagó la suma estipulada. No salía casi nunca; cenaba y almorzaba en su cuarto; apenas si le conocían la cara en el bar. Esa noche, bajó a telefonear al despacho de Finnegan. Un cupé cerrado se detuvo ante la taberna. El cochero no se movió del pescante; algunos parro-

quianos recordaron que tenía máscara de oso. Del cupé bajaron dos arlequines; eran de reducida estatura y nadie pudo no observar que estaban muy borrachos. Entre balidos de cornetas, irrumpieron en el escritorio de Finnegan; abrazaron a Gryphius, que pareció reconocerlos, pero que les respondió con frialdad; cambiaron unas palabras en yiddish —él en voz baja, gutural, ellos con voces falsas, agudas— y subieron a la pieza del fondo. Al cuarto de hora bajaron los tres, muy felices; Gryphius, tambaleante, parecía tan borracho como los otros. Iba, alto y vertiginoso, en el medio, entre los arlequines enmascarados. (Una de las mujeres del bar recordó los losanges amarillos, rojos y verdes). Dos veces tropezó; dos veces lo sujetaron los arlequines. Rumbo a la dársena inmediata, de agua rectangular, los tres subieron al cupé y desaparecieron. Ya en el estribo del cupé, el último arlequín garabateó una figura obscena y una sentencia en una de las pizarras de la recova.

Treviranus vió la sentencia. Era casi previsible: decía:

La última de las letras del Nombre ha sido articulada

Examinó, después, la piecita de Gryphius-Ginzberg. Había en el suelo una brusca estrella de sangre; en los rincones, restos de cigarrillos de marca húngara; en un armario, un libro en latín —el *Philologus hebraeo-graecus* (1739) de Leusden— con varias notas manuscritas. Treviranus lo miró con indignación e hizo buscar a Lönnrot. Éste, sin sacarse el sombrero, se puso a leer, mientras el comisario interrogaba a los contradictorios testigos del secuestro posible. A las cuatro salieron. En la torcida Rue de Toulon, cuando pisaban las serpentinas muertas del alba, Treviranus dijo:

—¿Y si la historia de esta noche fuera un simulacro?

Erik Lönnrot sonrió y le leyó con toda gravedad un pasaje (que estaba subrayado) de la disertación trigésima tercera del *Philologus*: *Dies Judaeorum incipit a solis occasu usque ad solis occasum diei sequentis.* Esto quiere decir, —agregó—, *El día hebreo empieza al anochecer y dura hasta el siguiente anochecer.*

El otro ensayó una ironía.

—¿Ese dato es el más valioso que usted ha recogido esta noche?

—No. Más valiosa es una palabra que dijo Ginzberg.

Los diarios de la tarde no descuidaron esas desapariciones periódicas. *La Cruz de la Espada* las contrastó con la admirable disciplina y el orden del último Congreso Eremítico; Ernst Palast, en *El Mártir*, reprobó "las demoras intolerables de un pogrom clandestino y frugal, que ha necesitado tres meses para liquidar tres judíos"; la *Yidische Zaitung* rechazó la hipótesis horrorosa de un complot antisemita, "aunque muchos espíritus penetrantes no admiten otra solución del triple misterio"; el más ilustre de los pistoleros del Sur, Dandy Red Scharlach, juró que en su distrito nunca se producirían crímenes de ésos y acusó de culpable negligencia al comisario Franz Treviranus.

Éste recibió, la noche del primero de marzo, un imponente sobre sellado. Lo abrió: el sobre contenía una carta firmada *Baruj Spinoza* y un minucioso plano de la ciudad, arrancado notoriamente de un Baedeker. La carta profetizaba que el tres de marzo no habría un cuarto crimen, pues la pinturería del Oeste, la taberna de la Rue de Toulon y el Hôtel du Nord eran "los vértices perfectos de un triángulo equilátero y místico"; el plano demostraba en tinta roja la regularidad de ese triángulo. Treviranus leyó con resignación ese argumento *more geometrico* y mandó la carta y el plano a casa de Lönnrot — indiscutible merecedor de tales locuras.

Erik Lönnrot las estudió. Los tres lugares, en efecto, eran equi-

distantes. Simetría en el tiempo (3 de diciembre, 3 de enero, 3 de febrero); simetría en el espacio, también... Sintió, de pronto, que estaba por descifrar el misterio. Un compás y una brújula completaron esa brusca intuición. Sonrió, pronunció la palabra *Tetragrámaton* (de adquisición reciente) y llamó por teléfono al comisario. Le dijo:

—Gracias por ese triángulo equilátero que usted anoche me mandó. Me ha permitido resolver el problema. Mañana viernes los criminales estarán en la cárcel; podemos estar muy tranquilos.

—Entonces ¿no planean un cuarto crimen?

—Precisamente porque planean un cuarto crimen, podemos estar muy tranquilos—. Lönnrot colgó el tubo. Una hora después, viajaba en un tren de los Ferrocarriles Australes, rumbo a la quinta abandonada de Triste-le-Roy. Al sur de la ciudad de mi cuento fluye un ciego riachuelo de aguas barrosas, infamado de curtiembres y de basuras. Del otro lado hay un suburbio fabril donde, al amparo de un caudillo barcelonés, medran los pistoleros. Lönnrot sonrió al pensar que el más afamado —Red Scharlach— hubiera dado cualquier cosa por conocer esa clandestina visita. Azevedo fué compañero de Scharlach; Lönnrot consideró la remota posibilidad de que la cuarta víctima fuera Scharlach. Después, la desechó... Virtualmente, había descifrado el problema; las meras circunstancias, la realidad (nombres, arrestos, caras, trámites judiciales y carcelarios), apenas le interesaban ahora. Quería pasear, quería descansar de tres meses de sedentaria investigación. Reflexionó que la explicación de los crímenes estaba en un triángulo anónimo y en una polvorienta palabra griega. El misterio casi le pareció cristalino; se abochornó de haberle dedicado cien días.

El tren paró en una silenciosa estación de cargas. Lönnrot bajó. Era una de esas tardes desiertas que parecen amaneceres. El aire de la turbia llanura era húmedo y frío. Lönnrot echó a andar por el cam-

po. Vió perros, vió un furgón en una vía muerta, vió el horizonte, vió un caballo plateado que bebía el agua crapulosa de un charco. Oscurecía cuando vió el mirador rectangular de la quinta de Triste-le-Roy, casi tan alto como los negros eucaliptos que lo rodeaban. Pensó que apenas un amanecer y un ocaso (un viejo resplandor en el oriente y otro en el occidente) lo separaban de la hora anhelada por los buscadores del Nombre.

Una herrumbrada verja definía el perímetro irregular de la quinta. El portón principal estaba cerrado. Lönnrot, sin mucha esperanza de entrar, dió toda la vuelta. De nuevo ante el portón infranqueable, metió la mano entre los barrotes, casi maquinalmente, y dió con el pasador. El chirrido del hierro lo sorprendió. Con una pasividad laboriosa, el portón entero cedió.

Lönnrot avanzó entre los eucaliptos, pisando confundidas generaciones de rotas hojas rígidas. Vista de cerca, la casa de la quinta de Triste-le-Roy abundaba en inútiles simetrías y en repeticiones maniáticas: a una Diana glacial en un nicho lóbrego correspondía en un segundo nicho otra Diana; un balcón se reflejaba en otro balcón; dobles escalinatas se abrían en doble balaustrada. Un Hermes de dos caras proyectaba una sombra monstruosa. Lönnrot rodeó la casa como había rodeado la quinta. Todo lo examinó; bajo el nivel de la terraza vió una estrecha persiana.

La empujó: unos pocos escalones de mármol descendían a un sótano. Lönnrot, que ya intuía las preferencias del arquitecto, adivinó que en el opuesto muro del sótano había otros escalones. Los encontró, subió, alzó las manos y abrió la trampa de salida.

Un resplandor lo guió a una ventana. La abrió: una luna amarilla y circular definía en el triste jardín dos fuentes cegadas. Lönnrot exploró la casa. Por antecomedores y galerías salió a patios iguales y

repetidas veces al mismo patio. Subió por escaleras polvorientas antecámaras circulares; infinitamente se multiplicó en espejos opuestos se cansó de abrir o entreabrir ventanas que le revelaban, afuera, e mismo desolado jardín desde varias alturas y varios ángulos; adentro muebles con fundas amarillas y arañas embaladas en tarlatán. Un dor mitorio lo detuvo; en ese dormitorio, una sola flor en una copa de por celana; al primer roce los pétalos antiguos se deshicieron. En el se gundo piso, en el último, la casa le pareció infinita y creciente. *La cas no es tan grande,* pensó. *La agrandan la penumbra, la simetría, lo espejos, los muchos años, mi desconocimiento, la soledad.*

Por una escalera espiral llegó al mirador. La luna de esa tard atravesaba los losanges de las ventanas; eran amarillos, rojos y verdes Lo detuvo un recuerdo asombrado y vertiginoso.

Dos hombres de pequeña estatura, feroces y fornidos, se arrojaron sobre él y lo desarmaron; otro, muy alto, lo saludó con gravedad y le dijo:

—Usted es muy amable. Nos ha ahorrado una noche y un día.

Era Red Scharlach. Los hombres maniataron a Lönnrot. Éste, a fin, encontró su voz.

—Scharlach ¿usted busca el Nombre Secreto?

Scharlach seguía de pie, indiferente. No había participado en la breve lucha, apenas si alargó la mano para recibir el revólver de Lönnrot Habló; Lönnrot oyó en su voz una fatigada victoria, un odio del tamaño del universo, una tristeza no menor que aquel odio.

—No —dijo Scharlach—. Busco algo más efímero y deleznable busco a Erik Lönnrot. Hace tres años, en un garito de la Rue de Toulon usted mismo arrestó e hizo encarcelar a mi hermano. En un cupé, mi hombres me sacaron del tiroteo con una bala policial en el vientre Nueve días y nueve noches agonicé en esta desolada quinta simétrica

me arrasaba la fiebre, el odioso Jano bifronte que mira los ocasos y las auroras daba horror a mi ensueño y a mi vigilia. Llegué a abominar de mi cuerpo, llegué a sentir que dos ojos, dos manos, dos pulmones, son tan monstruosos como dos caras. Un irlandés trató de convertirme a la fe de Jesús; me repetía la sentencia de los *goím*: Todos los caminos llevan a Roma. De noche, mi delirio se alimentaba de esa metáfora: yo sentía que el mundo es un laberinto, del cual era imposible huir, pues todos los caminos, aunque fingieran ir al norte o al sur, iban realmente a Roma, que era también la cárcel cuadrangular donde agonizaba mi hermano y la quinta de Triste-le-Roy. En esas noches yo juré por el dios que ve con dos caras y por todos los dioses de la fiebre y de los espejos tejer un laberinto en torno del hombre que había encarcelado a mi hermano. Lo he tejido y es firme: los materiales son un heresiólogo muerto, una brújula, una secta del siglo XVIII, una palabra griega, un puñal, los rombos de una pinturería.

El primer término de la serie me fué dado por el azar. Yo había tramado con algunos colegas —entre ellos, Daniel Azevedo— el robo de los zafiros del Tetrarca. Azevedo nos traicionó: se emborrachó con el dinero que le habíamos adelantado y acometió la empresa el día antes. En el enorme hotel se perdió; hacia las dos de la mañana irrumpió en el dormitorio de Yarmolinsky. Éste, acosado por el insomnio, se había puesto a escribir. Verosímilmente, redactaba unas notas o un artículo sobre el Nombre de Dios; había escrito ya las palabras *La primera letra del Nombre ha sido articulada.* Azevedo le intimó silencio; Yarmolinsky alargó la mano hacia el timbre que despertaría todas las fuerzas del hotel; Azevedo le dió una sola puñalada en el pecho. Fué casi un movimiento reflejo; medio siglo de violencia le había enseñado que lo más fácil y seguro es matar... A los diez días yo supe por la *Yidische Zaitung* que usted buscaba en los escritos de Yarmolinsky la clave de

la muerte de Yarmolinsky. Leí la *Historia de la secta de los Hasidim*, supe que el miedo reverente de pronunciar el Nombre de Dios había originado la doctrina de que ese Nombre es todopoderoso y recóndito. Supe que algunos Hasidim, en busca de ese Nombre secreto, habían llegado a cometer sacrificios humanos... Comprendí que usted conjeturaba que los Hasidim habían sacrificado al rabino; me dediqué a justificar esa conjetura.

Marcelo Yarmolinsky murió la noche del tres de diciembre; para el segundo "sacrificio" elegí la del tres de enero. Murió en el Norte; para el segundo "sacrificio" nos convenía un lugar del Oeste. Daniel Azevedo fué la víctima necesaria. Merecía la muerte: era un impulsivo, un traidor; su captura podía aniquilar todo el plan. Uno de los nuestros lo apuñaló; para vincular su cadáver al anterior, yo escribí encima de los rombos de la pinturería *La segunda letra del Nombre ha sido articulada.*

El tercer "crimen" se produjo el tres de febrero. Fué, como Treviranus adivinó, un mero simulacro. Gryphius-Ginzberg-Ginsburg soy yo; una semana interminable sobrellevé (suplementado por una tenue barba postiza) en ese perverso cubículo de la Rue de Toulon, hasta que los amigos me secuestraron. Desde el estribo del cupé, uno de ellos escribió en un pilar *La última de las letras del Nombre ha sido articulada.* Esa escritura divulgó que la serie de crímenes era *triple.* Así lo entendió el público; yo, sin embargo, intercalé repetidos indicios para que usted, el razonador Erik Lönnrot, comprendiera que es *cuádruple.* Un prodigio en el Norte, otros en el Este y en el Oeste, reclaman un cuarto prodigio en el Sur; el Tetragrámaton —el Nombre de Dios, JHVH— consta de *cuatro* letras; los arlequines y la muestra del pinturero sugieren *cuatro* términos. Yo subrayé cierto pasaje en el manual de Leusden: ese pasaje manifiesta que los hebreos computaban el día de ocaso a ocaso;

ese pasaje da a entender que las muertes ocurrieron el *cuatro* de cada mes. Yo mandé el triángulo equilátero a Treviranus. Yo presentí que usted agregaría el punto que falta. El punto que determina un rombo perfecto, el punto que prefija el lugar donde una exacta muerte lo espera. Todo lo he premeditado, Erik Lönnrot, para atraerlo a usted a las soledades de Triste-le-Roy.

Lönnrot evitó los ojos de Scharlach. Miró los árboles y el cielo subdivididos en rombos turbiamente amarillos, verdes y rojos. Sintió un poco de frío y una tristeza impersonal, casi anónima. Ya era de noche; desde el polvoriento jardín subió el grito inútil de un pájaro. Lönnrot consideró por última vez el problema de las muertes simétricas y periódicas.

—En su laberinto sobran tres líneas —dijo por fin—. Yo sé de un laberinto griego que es una línea única, recta. En esa línea se han perdido tantos filósofos que bien puede perderse un mero *detective*. Scharlach, cuando en otro avatar usted me dé caza, finja (o cometa) un crimen en A, luego un segundo crimen en B, a 8 kilómetros de A, luego un tercer crimen en C, a 4 kilómetros de A y de B, a mitad de camino entre los dos. Aguárdeme después en D, a 2 kilómetros de A y de C, de nuevo a mitad de camino. Máteme en D, como ahora va a matarme en Triste-le-Roy.

Para la otra vez que lo mate —replicó Scharlach— le prometo ese laberinto, que consta de una sola línea recta y que es invisible, incesante.

Retrocedió unos pasos. Después, muy cuidadosamente, hizo fuego.

JORGE LUIS BORGES

D I L U V I O

Ceñudo cielo en últimos confines
madura lluvia antigua precipita;
entre sus lanzas de agua se encabrita
blanco caballo de empapadas crines.

Silencio de mojados querubines
mira caer la cólera infinita;
sólo secreto pez su paz agita
ondulando entre espejos y jazmines.

En la líquida muerte diluída,
ya se sumerge del dolor asida
la última mano que crispó el espanto.

Al bramido del mar, el mar responde,
y dolorido Dios su rostro esconde
tras la creciente soledad del Llanto.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

LA RECONSTRUCCIÓN DE EUROPA

Improvisaciones, compromisos y pasiones. — ¿Hay que castigar a Alemania? — La policía internacional. — Destino de las coaliciones. — El fin del capitalismo liberal y la guerra civil internacional. — Necesidad de la Confederación de las Naciones.

Hablar de los problemas de la paz en plena guerra parece fútil, ya que las condiciones de la paz dependerán evidentemente del resultado de la guerra. Tenemos la convicción inquebrantable de que en esta lucha entre los nazis y la humanidad es la humanidad quien vencerá, y que la pesada y gloriosa tarea de rehacer a Europa incumbirá a los aliados. Pero aunque se llegara a un compromiso, aunque Hitler ganara la guerra, sólo tendríamos una corta tregua y los problemas de la paz seguirían siendo los mismos. El nuevo orden hitleriano —los sufrimientos de los países ocupados lo prueban— ahogaría toda vida, haría de los vencidos esclavos y transformaría el antiguo continente en una tierra de desolación. Pese a todo, tarde o temprano se debería reconstruir Europa.

Las grandes guerras, al igual que las grandes revoluciones, vuelven a ponerlo todo en tela de juicio, plantean de nuevo todos los problemas. La futura conferencia de la paz se encontrará ante un caos, en el cual no habrá ningún principio fijo, ninguna frontera incontestable, ninguna moneda estable, ninguna fuerza moral bien establecida. Ahora bien: para resolver los problemas hay que conocer, ante todo, los datos y su alcance.

Nada más peligroso en semejantes circunstancias que la improvisación. Cuando se echan las bases de un mundo nuevo, todo se encadena, y de las solu-

ciones, dictadas únicamente por la necesidad de la hora, nacen a menudo co
secuencias cuya amplitud supera con mucho al acontecimiento inicial.

Cuando en 1917 los aliados reconocieron el gobierno provisional checos
vaco, muy poca gente se dió cuenta de que ello significaba la condena a muer
del imperio austro-húngaro y que debería resolverse toda la sucesión de l
Habsburgo. A partir de ese momento, sin embargo, la cuestión del "Anschluss
llegó a ser tan inevitable como el conflicto entre Italia y Serbia a propósito d
Dalmacia. Se puede decir que la antigua Austria-Hungría estaba condenad
de todos modos a la disolución, y Checoslovaquia no es, por cierto, una creació
artificial. También es indudable que la conferencia de la paz tenía razón a
atribuir Dalmacia a Yugoslavia, a la que no sólo pertenece geográficamente
etnológicamente, sino también por la voluntad de su población. Pero aquí apa
rece la interdependencia de las decisiones. Al reconocer a Checoslovaquia, s
quiso, sobre todo, ganar un nuevo aliado. Austria-Hungría, quedaba destruíd
de hecho. Consumada su demolición, dieron Dalmacia a Yugoslavia, lo que n
era más que justicia, pero, al mismo tiempo, crearon en Italia un descontent
sin el cual nunca hubiera podido nacer el fascismo. Al dejar a Austria empequ
ñecida, pobre e indefensa, hacían de ella un objeto de rivalidades y la exponían
sobre todo, a la atracción de Alemania. Y cuanto más miraba Alemania haci
Viena, tanto más debía orientarse hacia todo el Sudeste de Europa y lanzarse e
el torbellino balcánico. El reconocimiento de Checoslovaquia fué, pues, el prime
paso hacia un estado de cosas en que Italia se alzaba contra sus antiguos aliado
y Alemania llegaba a ser una potencia balcánica.

No menos fatales que las improvisaciones son los compromisos construído
de prisa, cuando los delegados están cansados de discutir y quieren llegar a un
conclusión a toda costa. ¡Que lo diga, si no, la ocupación de Renania! Preocu
pada por su seguridad, Francia reclama la anexión de Renania o, por lo menos
su independencia. Las otras potencias se oponen a ello. Por fin quedan d
acuerdo sobre una ocupación temporaria de cinco años para una primera zona
de diez para una segunda y de quince para una tercera, con el pretexto de qu
servirá de garantía a los pagos alemanes. De todas las soluciones posibles er
la más irrisoria y la más inútil. Ni garantizaba la seguridad de Francia n
aseguraba los pagos alemanes, ya que ni la una ni los otros podían resolvers
en un plazo escalonado entre cinco y quince años. Sin aportar nada, esta ocupa

ción sólo podía exasperar a Alemania y envenenar sus relaciones con los antiguos aliados.

Los compromisos son el resultado natural de las negociaciones. Y aun es menester que no compliquen las cosas en lugar de arreglarlas y que no originen nuevas dificultades y nuevos conflictos, cuando lo que interesa, por encima de todo, es llegar a la estabilidad y al apaciguamiento.

Que no se diga, sobre todo, que estas cuestiones sólo conciernen a los hombres de Estado responsables. La paz democrática no es admisible sino con el concurso y el consentimiento de los pueblos. Pero es verdad que la opinión pública introduce siempre en los debates un elemento pasional que gravita sobre las conferencias de paz, cuando lo que se necesita, sobre todo, al tener que decidir el destino de generaciones enteras, es cordura.

Contra los peligros de la ignorancia, de las improvisaciones hechas a la ligera, de los compromisos fáciles y las pasiones desencadenadas, no hay más que un solo remedio: saber lo que se quiere. Únicamente principios bien establecidos y una visión clara de los asuntos podrán impedir que se repitan los errores de Versalles y que se pierda la paz por segunda vez.

Por eso no es prematuro examinar los problemas que se plantearán cuando termine la guerra. Sería vano, por cierto, querer entrar en detalles, trazar fronteras o preconizar el monto de las indemnizaciones indispensables, pero las cuestiones que están en juego son tan complejas que nunca comenzaremos a estudiarlas demasiado pronto, por lo menos en sus grandes líneas. Por largo que sea el tiempo que nos separa de la paz, apenas bastará para ponerlas en claro.

La distinción clásica entre la paz negociada y la paz impuesta no tiene esta vez ninguna importancia. No es posible entenderse con Hitler porque su firma carece de valor y los tratados son para él únicamente un medio de engañar a los otros contratantes. La humanidad no tiene más alternativa, pues, que soportar la paz nazista o imponer a los nazis la paz democrática.

La situación habrá cambiado muy poco si Alemania derriba a Hitler. Nadie tendrá una confianza absoluta en un cambio de régimen que sólo sería una treta para escapar a las consecuencias de la derrota. Será necesario protegerse contra una nueva reacción, contra un nuevo ataque, y si los futuros dirigentes de Alemania son demócratas, compartirán estos temores; aprobarán las condiciones

destinadas a impedir que su país recaiga una vez más en la barbarie; ellos mismos serán partidarios de la paz impuesta.

Sin embargo, es más difícil imponer una paz que negociarla. En la paz negociada, las condiciones resultan del equilibrio de las fuerzas. En la paz impuesta, el vencedor sólo debe ponerse de acuerdo con su propia razón y su conciencia. Es una situación temible que deberá ser afrontada no solamente por algunos hombres políticos, sino por toda nuestra generación.

¿Cuál es, entonces, la finalidad de esta paz, de la que todos seremos responsables ante la historia?

Antes de llegar a una respuesta, debemos considerar el deseo de justicia y de venganza que hoy domina a todos los espíritus democráticos. Es el sentimiento más natural y más honorable. Pero si es bueno, si es indispensable incluso, para hacer la guerra, llega a ser peligroso y estéril cuando se trata de hacer la paz.

Que nadie interprete mal esta afirmación, inesperada sin duda. Se sobrentiende que los individuos responsables del crimen más grande de la historia deben ser implacablemente castigados. Pero ¿puede dividirse el mundo en pueblos culpables y en pueblos inocentes? ¿Hay, acaso, pueblos culpables, o sólo son culpables, en realidad, sus dirigentes?

Hemos visto con qué facilidad han aceptado los países de Europa, unos después de otros, el fascismo. Después de Rusia, Italia y Alemania, gran cantidad de naciones, incluyendo a Francia, soportan la dictadura totalitaria. ¿Son estos países víctimas o cómplices de sus amos?

No insistamos, pues, en la cuestión de saber en qué medida Alemania y el nacional-socialismo son idénticos. Alemania existe, no es posible eliminarla. Echando el oprobio sobre sus generaciones futuras, se conseguiría únicamente crear un foco de inquietud y agitación que entrañaría un peligro permanente para todos los otros Estados.

Y ¿cómo se podría castigar a Alemania? ¿Imponiéndole pagos, quitándole provincias, desmembrándola? Habrá reparaciones indispensables, asuntos territoriales que deberán resolverse, se planteará incluso el problema de la unidad alemana, pero bastará que las democracias se atengan a sus propios intereses para evitar excesos que se volverían contra ellas mismas. Se vive mal junto a

un país desesperado, y sus sacudidas políticas, económicas y sociales son contagiosas.

Por lo demás, Alemania no es la única culpable. También se debiera castigar a Italia. Es verdad que muchos la absuelven, haciendo una distinción entre los buenos y los malos fascistas, a pesar de que el descontento crece en Italia tan sólo desde que le va mal en la guerra. De todas maneras, sería difícil hallar la pena adecuada a los crímenes de Mussolini. El país es demasiado pobre para pagar reparaciones importantes, y, si se quisiera despedazarlo, de ello sólo resultarían ventajas para Alemania, pues Francia no tiene reivindicaciones más allá de los Alpes. A lo sumo se podría quitar a Italia sus colonias y rectificar sus fronteras de 1918, separando de ella los territorios de población eslovena.

Luego están Hungría y Bulgaria, que también forman parte del eje. Pero éstas ya han sido reducidas al extremo en los tratados de Trianon y de Sèvres. Ya nada poseen que se les pueda arrancar.

Una de las potencias que se ha beneficiado con su derrota en la guerra de 1914 ha sido Rumania, que pertenece igualmente al eje. Sin embargo, antes de llegar a ser aliada de sus antiguos enemigos, Rumania les ha cedido la mayor parte de sus conquistas. Queda, pues, la elección: o bien sancionar esos tratados, que sería lo contrario de un castigo para Hungría y Bulgaria, o bien restablecer las fronteras de 1918, lo que significaría renunciar al castigo de Rumania.

¿Qué decir, después, de Eslovaquia y de Croacia, de las cuales el imperialismo ítalo-alemán ha hecho estados que se pretenden independientes? ¿Hay que castigarlos? Eslovaquia formaba parte de Checoslovaquia; Croacia de Yugoslavia. Y puesto que no se puede castigar a los pueblos sin tocar a los Estados, se castigaría de esta manera a Checoslovaquia y a Yugoslavia que se cuentan, sin embargo, entre los aliados.

Por si fuera poco, no siempre resulta muy claro discernir qué pueblos están por o contra el fascismo. Noruega, Checoslovaquia, Yugoslavia, Francia y Grecia resisten a veces heroicamente al dominio nazi. Pero todos estos países tienen dos gobiernos; uno pro-nazi, en su capital, y otro pro-aliado, en Londres. El resultado de la guerra decidirá cuál de ellos será el gobierno legal. Al identificar la conducta de los pueblos con la política de sus gobiernos, se llegaría a la conclusión paradójica de que ciertos pueblos son culpables y deben ser castigados si Gran Bretaña no ganara la guerra.

Está, por fin, la Unión Soviética que, después de atacar, de acuerdo co Alemania, a Polonia, Finlandia, Lituania, Letonia, Estonia y Rumania, ha si atacada ella misma y se encuentra, por este hecho, del lado de las democracia ¿Bastaría entonces ser atacado para pasar del banquillo de la infamia al luga de los jueces, aun luchando heroicamente y obteniendo éxito?

En verdad, una conferencia de paz no es una audiencia donde se conden a los criminales según el código penal. Una conferencia de paz es una asamble política donde sólo se puede dictaminar de acuerdo con principios políticos

Por consiguiente, hay que descartar la idea de castigo, por justificada qu sea. Representa precisamente uno de esos elementos pasionales que tornan imp sible toda solución política. Lejos de nosotros el pensamiento de que los pro blemas de la paz sean exclusivamente de orden técnico. Toda política que n esté inspirada en la moral y en la justicia no será mejor que el nacionalismo Pero no hay deber más sagrado que el de acallar los rencores, así fueran éstos lo más legítimos, por el interés superior de la reconstrucción.

Una vez más, esto no implica ninguna indulgencia para los individuos cul pables. Éstos deben expiar sus crímenes, y ya que no se puede confiar en qu sus propios pueblos los castiguen, tocará a los vencedores perseguirlos con e máximo rigor. Por otra parte, es más que probable que la guerra termine, l mismo en los países fascistas que en los países ocupados, por una matanza san grienta que costará la vida a innumerables servidores de las dictaduras. Y ser justicia. Pero no se puede fundar un mundo sobre la ley del talión.

Rechazada la idea del castigo, volvamos a los objetivos de la paz o, mejo dicho, a los principios sobre los cuales se debe establecer la paz.

No se encontrará ninguna oposición a definirlos como la necesidad de orga nizar una paz estable, de excluir el peligro de otras guerras y, sobre todo, d otros ataques, de hacer que Europa sea de nuevo habitable y de dar a los hombre ese sentimiento de seguridad, sin el cual no hay ni prosperidad ni civilización

Pero acontece que chocamos en seguida con un argumento capital. "Ya qu Alemania no cesa de amenazar la paz, ya que Alemania, en menos de ciento cin cuenta años, ha invadido seis veces a Francia, su enemiga hereditaria; ya qu Alemania, y nadie más que Alemania, cree que la guerra desarrolla todas la virtudes, que la fuerza prima sobre el derecho y que el dominio es preferible

a competencia; ya que Alemania cree, además, que tiene la misión histórica le imponer su hegemonía al mundo, no habrá paz estable ni seguridad mientras Alemania tenga la posibilidad de realizar sus designios. En consecuencia: hay que destruir a Alemania".

El argumento es de peso, y su lógica difícilmente discutible. El razonamiento político se une así al deseo de venganza: los motivos son diferentes, pero la conclusión es la misma.

Admitamos, por un momento, la necesidad de terminar con Alemania. Las dificultades comienzan cuando examinamos los medios para llegar a este fin. Pues cuando más duras sean las condiciones de paz, tanto más difíciles serán de ejecutar.

Es bastante fácil construir un sistema teórico que impida a Alemania volver a armarse y volver a atacar. Pero todos estos proyectos exigen que Alemania sea vigilada, controlada y hasta oprimida, y por un tiempo indeterminado. ¿Cómo hacerlo y, sobre todo, quién debe hacerlo? Nos encontramos aquí, en efecto, ante el punto decisivo de todo el problema de la paz.

En cuanto a la destrucción de la economía alemana, no haría sino restablecer la crisis económica que está en los orígenes del hitlerismo y de la guerra. Esto es tan claro que muchos creen que hay que dejar intacta la economía de Alemania y destruir su potencia política. Eden, especialmente, ha desarrollado esta idea en varios discursos. Al declarar que el interés bien comprendido de las democracias mismas aconseja no precipitar a una parte de Europa en una nueva serie de crisis, Eden no ha dicho, sin embargo, cómo se podría entonces asegurar la impotencia política de Alemania.

No es necesario probar la conexión de la fuerza económica con la fuerza a secas. Que la economía alemana representa un potencial de guerra, es evidente. Tal hecho no puede eludirse sino por el razonamiento capcioso de que Alemania aceptaría la destrucción de su potencia política si salvaguardara su potencia económica. Hipótesis totalmente gratuita. Todo el mundo está convencido, por lo demás, de que no se podría tener confianza en la sumisión de Alemania, sumisión sólo aparente, tal vez.

El Consejo Interaliado, reunido en Londres en el mes de septiembre de 1941, se ha dirigido a Inglaterra y a los Estados Unidos pidiéndoles que se encargaran

del mantenimiento de la paz futura. Pero ¿podemos concebir a los ejércitos Inglaterra y Estados Unidos en el papel de policía del mundo, aun en los litig en que no estuvieran interesados sus propios países?

En 1919 surgió de pronto el problema de Vilna. Esta ciudad había s atribuída a Lituania, que la consideraba como su capital. Sin embargo, un fué ocupada por las tropas del general polaco Zeligowsky y anexada a Polo Lituania era demasiado débil para recurrir a la fuerza, pero hasta la víspera la guerra actual quedaron rotas todas las relaciones entre los dos países; había entre ellos ni trenes, ni comercio, ni correo, y los guardias de sus fronte estaban siempre dispuestos a tirotearse. ¿Podemos imaginarnos que, en u Europa pacificada, el ejército británico o el ejército norteamericano vayan Vilna para restablecer allí el orden? Si hubiera existido un gobierno inglés norteamericano que se prestaran a ello, sus pueblos no habrían tardado en ob garles a retroceder. Digamos de paso que la cuestión de Vilna estaba muy e barullada y que los polacos hacían valer razones tan buenas como los lituan Y fácilmente podríamos citar otros casos análogos: Fiume, Macedonia, Besarab

Claro está que Inglaterra no será la única vencedora. Pero probablemen nadie tiene deseos de confiar la policía internacional a Stalin, al coronel Be o aun al general Weygand. Al imponer el desarme solamente a los vencidos, llegaría exactamente a la misma situación de que se partió en 1918.

En muchos espíritus toma contornos la idea de dotar a la Sociedad de Naciones de un poder ejecutivo. Idea tentadora, cuya realización evitaría mayor parte de los inconvenientes que acabamos de mencionar. Pero es evide que la creación de un ejército internacional haría surgir una infinidad de prob mas. ¿Habría de ser un ejército permanente o una especie de milicia? ¿Cón reclutarla, dónde establecerla?

Si fuera una milicia, su eficacia sería bastante dudosa. El Santo Imper tenía un ejército semejante que entró en acción cuando Federico II fué declara rebelde contra el Imperio; pero las tropas prusianas lo deshicieron en poc horas en la batalla de Rossbach. Un ejército internacional permanente no esta expuesto, de seguro, al destino de las milicias, pero ¿podemos medir el ries que correrían las democracias si no hubiera más que un solo ejército en el mund Éste sería una guardia pretoriana cuya fuerza pesaría enormemente sobre tod las decisiones políticas. Su comandante sería el hombre más poderoso de

tierra y, de ser bastante audaz, podría llegar fácilmente a dictador, sobre todo si se aliara con los países "destruídos" que le tocaría contener.

El problema del reclutamiento no es menos delicado. ¿Se recurriría a voluntarios sin distinción de nacionalidad? Como a los alemanes les gusta ser soldados, serían ellos, sobre todo, quienes se enrolarían. Pudiera ser que se resolviera tomar determinado número de hombres de cada país. De ser así, se llevarían las diferencias nacionales al seno mismo del ejército internacional. La Legión Extranjera francesa, donde hay hombres de todas las naciones, no prueba lo contrario, pues esos soldados viven lejos de los centros de civilización, están sometidos a una disciplina de hierro y muchos de ellos son desesperados para quienes la Legión constituye la única patria y el único hogar. Entonces ¿sólo deberá reclutarse el ejército internacional en los países neutrales? Ya casi no existen países neutrales, pues Hitler no ha respetado ni las neutralidades mejor establecidas. La idea más natural es excluir a Alemania y a sus cómplices y otorgar solamente a las democracias el privilegio de formar este ejército. Pero ¿cuáles son los pueblos democráticos? La Unión Soviética, que no es una democracia, se halla entre los aliados; y Finlandia, que no es una dictadura, lucha junto al eje.

Se presentarían las mismas dificultades en lo tocante a las guarniciones del ejército internacional. De resolver concentrarlo en un solo punto, ¿cuál sería éste? ¿O habría que diseminarlo por todas partes? ¿O instalarlo como un ejército de ocupación en Alemania y en los otros países agresores?

De hecho, todas estas cuestiones se reducen a una sola: ¿podemos dividir a Europa en dos mitades, una de las cuales estaría encargada de vigilar a la otra? ¿Podemos, siquiera, mantener Alemania en un estado de inferioridad, sometiéndola a un régimen especial? Si es fácil condenarla, resulta en cambio muy difícil ejecutar la sentencia. En realidad, es imposible.

El error que se comete fácilmente en las guerras de coalición es suponer que la constelación de las potencias seguirá siendo siempre la misma. Hemos visto en esta guerra, sin embargo, cuán móviles son las posiciones. Finlandia y Rumania, que eran casi aliadas de las democracias, están hoy con el eje; Rusia, por el contrario, que era casi aliada de Alemania, se halla hoy junto a Inglaterra; Francia, víctima de la traición y de la cobardía de sus dirigentes, ha roto la alianza con Gran Bretaña, y el gobierno de Vichy colabora con los nazis, bajo

cuyo comando algunos voluntarios franceses luchan contra Rusia. Todavía s posibles otros cambios del frente.

Recordemos, sobre todo, qué ha sido de la unidad de las naciones "aliad y asociadas" que habían firmado solidariamente el Tratado de Versalles. Alemania ha podido escapar al aislamiento y al debilitamiento, si ha podido lle a ser de nuevo una gran potencia, si ha podido armarse de nuevo y, finalmen recomenzar la guerra en mayor escala que nunca, ello se debe a que la coalici de 1918 no ha durado. Inglaterra, Estados Unidos, Italia, Polonia, Bélgica, to sus antiguos enemigos, excepto Francia, la han ayudado a deshacerse de las ob gaciones de Versalles, ya sea con su silencio, ya con su concurso activo. perfectamente exacto que Francia ha cometido un error capital cuando negó la Alemania republicana las concesiones que hubieran podido detener su des zamiento fatal hacia el hitlerismo, pero lo cierto es que el Tratado de Versall estaba en vigor, que más de cincuenta naciones lo habían ratificado, y que toda unas después de otras, lo aligeraron, lo relajaron, lo debilitaron, hasta no d jar del tratado sino jirones.

Una coalición está basada siempre en intereses comunes, pero esos inter ses cambian: en 1960 ya no serán los de 1942, y a la larga darán cuenta los acuerdos mejor fundados. Por ello será esfuerzo vano buscar el mejor m dio para ejecutar la voluntad de la coalición democrática, pues el sistema m seguro que se pueda imaginar para dominar a Alemania no resistirá a la inevit ble disociación de esta voluntad colectiva.

Se quiere destruir a Alemania porque se la teme. Pero destruirla quie decir, en realidad, oprimirla; oprimirla quiere decir someterla al terror; y s meterla al terror quiere decir empujarla a una nueva guerra de desquite. Po que el miedo no es creador. Engendra siempre el terror, y el terror incita sie pre a la rebelión. Es la ley de las dictaduras; no puede ser la ley de las d mocracias.

La verdad es que si no podemos basar la paz en la venganza, tampoco p demos basarla en el miedo. Si nos dejamos inspirar por el miedo a Alemani conseguiremos solamente eternizar este miedo, porque llegaríamos a establecer u estado de cosas que no se podría mantener indefinidamente. El mundo seguir viviendo en la angustia, pues no es posible obtener la seguridad por medio la opresión.

Las condiciones de paz, al igual que las leyes, sólo son obedecidas cuando hombres las hallan justas, y si estas condiciones no se admiten, toda coerción gasta y se desmorona. Puesto que Alemania es imposible de eliminar, hay e imponerle la paz que ella acepte. De no ser así, habría que instaurar allí a especie de Gestapo internacional de la que no se obtendría ningún provecho, es no sobreviviría a los cambios de los intereses que le tocaría defender.

¡Cómo! —se dirá—. ¿Estamos combatiendo contra Alemania con el solo de perdonarla? Combatimos contra Alemania para preservar al mundo de repetición de sus crímenes y jamás lo lograremos apropiándonos los métodos leristas. Se trata de reconstruir a Europa, de restablecer el derecho de gentes de dar a los pueblos la seguridad a que aspiran. Y el único medio de obtener a finalidad es crear una organización internacional en la que se equilibren intereses, aun los de los vencidos.

Esto no quiere decir en modo alguno que Alemania no deberá pagar ni der nada. Por el contrario, debilitarla y disminuirla es una necesidad para la z universal. Pero este objetivo sólo puede realizarse en el cuadro de un ajuste neral.

El fascismo y la guerra no son más que aspectos de la época revolucionaria e vivimos. El capitalismo liberal se derrumbó en la guerra de 1914, y desde tonces marcha a tientas, en las tinieblas y entre las ruinas. Porque no sólo desaparecido un régimen económico: al desmoronarse, arrastró los sistemas líticos, la manera de vivir y hasta los pensamientos que le correspondían.

Nada indica que el capitalismo liberal volverá a resurgir, y el socialismo, e parecía destinado a reemplazarlo, ha tomado formas —lo mismo en su ca-atura nacional-socialista que en el bolcheviquismo— que espantan a sus más les partidarios. Nadie sabe, en consecuencia, a dónde vamos, y pocos son que se atreven, siquiera, a enunciar un programa que sobrepase las genera-ades.

Si tratamos de descifrar el porvenir, a lo sumo descubrimos una tendencia cia la economía dirigida que, por cierto, no habrá de desaparecer cuando sea cesario reconstruir lo que la guerra ha destruído. La economía dirigida puede mar aspectos múltiples; vemos sus excesos: la autarquía y el fascismo. Lo ico que hay de cierto es que la libertad individual absoluta en el dominio

económico ha pasado. Estará limitada, ya sea por la intervención continua de las organizaciones patronales y sindicales, ya por reglamentos gubernamentales.

El problema más grande de nuestro tiempo es impedir que esta limitación de la libertad económica se extienda a las libertades políticas y a la libertad a secas. La economía dirigida no debe degenerar en política dirigida, en espíritus dirigidos, en almas dirigidas. En otras palabras: hay que separar los dos términos del binomio capitalismo liberal y, ya que el capitalismo está condenado, salvar a toda costa el liberalismo.

Pero las necesidades de la economía dirigida no se detienen en las fronteras nacionales. En nuestra época de intercambios internacionales, en que ningún país puede vivir sin las materias primas, los mercados, las invenciones y los medios de comunicación del mundo entero, las economías nacionales resultan tan arcaicas como hubieran resultado las economías locales en el siglo pasado, de haber podido ellas subsistir. La autarquía no es sino una medida de guerra, lo mismo que la dictadura totalitaria, su hermana gemela. Su papel no es tanto encadenar las fuerzas motrices de nuestra época, como subyugarlas en provecho de un solo Estado o, más bien, de una sola raza o, más exactamente aún, de una sola "élite".

Hitler es, en realidad, el gran destructor de la soberanía de los Estados, no sólo porque hasta se ríe de la soberanía de sus aliados, sino, sobre todo, porque ha reemplazado la guerra internacional por la guerra civil. Porque estamos viviendo una guerra civil y la línea que divide a los beligerantes cruza todas las naciones.

La guerra nacional era la consagración suprema de la soberanía de los Estados. Desde que no hay guerras nacionales, la soberanía de los Estados ha dejado, en consecuencia, de ser absoluta, ya que está probado que existen intereses que sobrepasan los cuadros del Estado y que el Estado carece de voluntad o capacidad para contenerlos. Por uno de esos juegos desconcertantes que Hegel llamaba la dialéctica de la Historia, ocurre que ya no son más los soñadores internacionalistas, sino los más encarnizados nacionalistas, quienes ponen estos hechos en evidencia y demuestran, por su misma política realista, que la soberanía nacional no es más que una palabra sin sentido.

La noción de soberanía data de los siglos XVII y XVIII. Se trataba entonces de la soberanía de los príncipes, y cobraba forma al mismo tiempo que

el mercantilismo, que era la economía dirigida de esa época. Al capitalismo ya no corresponde la soberanía de los príncipes, sino la de los Estados nacionales. A las necesidades de la economía internacional dirigida corresponde una soberanía internacional. No se trata de un programa que la futura conferencia de paz podrá aceptar o rechazar; se trata de una evolución que deberá legalizar.

La soberanía es tan poco eterna e inmutable como todos los derechos. Puede ser tan limitada como la libertad individual. Y las mismas necesidades de la época, que obligan a limitar la libertad individual, obligan también a limitar la libertad de los Estados. Sin esta limitación no habrá ni economía ni paz posibles.

Una Sociedad de las Naciones es, en consecuencia, más necesaria que nunca. Pero ya no se puede concebirla como una simple ensambladura de Estados soberanos. Sólo podrá realizar su tarea si llega a ser el soberano supremo y asume los poderes que han sido hasta ahora privilegio de los Estados. Esta soberanía internacional se impone, ante todo, respecto de la economía. Resulta claro, sin embargo, que toda legislación económica influye automáticamente sobre el conjunto de la vida política y social.

La nueva Sociedad de las Naciones no deberá, pues, restablecer y completar tan sólo el derecho de gentes, sino que deberá crear un nuevo derecho internacional, o más bien federal, ya que esta Sociedad de las Naciones reforzada será en realidad la Confederación de las Naciones. Se sobreentiende que este derecho federal ha de ser igual para todos los miembros de la Confederación.

Los Estados, si bien con poderes disminuídos, subsistirán todavía mucho tiempo en el seno de esta Confederación, aun si cambiaran de nombre y aun en el caso en que sólo se los designara como provincias. Pero su supervivencia no descompone sino el cuadro teórico e ideal de la sociedad futura. Prácticamente, facilitará su tarea, porque la coexistencia de Estados de soberanía reducida resuelve el problema, de otro modo insoluble, del poder ejecutivo de la Confederación. En otros términos: los Estados, que eran los amos de la Sociedad de las Naciones tal como había sido construída en Versalles, no serán más que los órganos de la Confederación de Naciones. El peligro alemán, la seguridad y el mantenimiento de la paz en general, cesan de ser, así, cuestiones internacionales; llegan a ser cuestiones de orden interior y administrativo de las cuales se ocuparán los Estados, pero únicamente como órganos de la Confederación.

La soberanía se establece y se mantiene siempre a medida que corresponde a los intereses de una sociedad determinada. La Confederación de Naciones se impone, así, porque corresponde a las necesidades de los Estados. Éstos estarán obligados a ejecutar su voluntad, porque es el mejor e, incluso, el único medio de defender sus propios intereses.

Es evidente que tal organización no excluye ni los conflictos ni la guerra. Alemania, por ejemplo, podría no aceptar la pérdida de una parte de su soberanía, o tratar de dominar la Confederación. Es necesario por ello que los Estados-órganos sean capaces de vigilarse mutuamente y, de ser indispensable, oponerse a los turbadores de la paz. En resumen, deberán contrabalancear sus fuerzas, lo que no es posible más que equilibrando el potencial de guerra.

Se deduce, pues, que es necesario hacer grandes Estados, los cuales, por su parte, podrán ser federaciones. Los pequeños Estados, sobre todo los llamados Estados-tapones, nunca han servido a la paz. En vez de separar a los grandes no han hecho más que suscitar y atizar sus conflictos, para llegar a ser, finalmente, objetos de regateo y de repartos. Hay que volver al sistema de la *balance of powers*, pero esta vez en el cuadro de la Confederación de Naciones, que tendrá derecho de observar y fiscalizar todo lo que ocurra dentro de los Estados. Pues el principio de no inmiscuirse pertenece al pasado. En las grandes cuestiones ya no existe política nacional, ya que todo cambio de régimen económico o político en un Estado afecta al conjunto de las naciones, y la Confederación tendrá que sacar las consecuencias de este hecho. No podrá permitir que un Estado se transforme en dictadura, que proclame su autarquía o violente a sus minorías nacionales o raciales, ya que el primer cuidado de la Confederación será apartar todo peligro que amenace la paz y su propia existencia.

Volveremos a hablar más largamente de este nuevo estado de cosas cuando examinemos su alcance práctico. Por el momento, basta con fijar las grandes líneas de una evolución cuyas tendencias tratamos de descubrir.

Pero —se preguntará— ¿en qué se distingue esta nueva balanza de potencias de la del pasado? ¿Acaso no torna inútil e ilusoria toda organización internacional?

La diferencia está en el hecho de que los Estados dejarán de ser soberanos y que su poder será limitado. Es muy posible que haya Estados que se rebelen contra la Confederación de Naciones, como a menudo se rebelaron los barones

contra la soberanía naciente de los príncipes, pero, a la larga, la sociedad adopta siempre la forma que mejor le sirve y la conferencia de paz no podrá preconizar el resultado de luchas cuyo planteamiento apenas se entrevé. Por lo demás, Europa ha vivido durante siglos bajo regímenes de poderes superpuestos, antes de que se establecieran poderes centralizados. Nada se opone a que la Confederación de Naciones y los Estados se completen durante mucho tiempo, sin oponerse los unos a la otra en una lucha implacable.

Poco a poco la Confederación entrará en las conciencias, y si es indudable que el nacionalismo sobrevivirá a los Estados soberanos, es probable también que los hombres consideren un día el alzamiento contra la Confederación como un crimen. Sería, sin embargo, un gran error anticiparse a esta evolución y construir la organización internacional dirigiéndose tan sólo a la razón y a la buena voluntad de los pueblos. El pacto Kellog y las tentativas heroicas de un Wilson o de un Briand estaban condenadas al fracaso precisamente porque partían del principio falso de que los conflictos se resuelven con buena voluntad, cuando lo cierto es que la paz sólo puede nacer del equilibrio de los intereses, y que el único pacifismo duradero no es la base, sino el resultado de este equilibrio. Debemos, pues, comprender que la superposición de una Confederación a los grandes Estados no es una idea abstracta, sino una necesidad cuyo programa ya está prefigurado en los hechos. Resultaría sencillo elaborar un sistema más hermoso, menos complicado y, quizá, más lógico. Pero la conferencia de paz no habrá de ocuparse de utopías. Será su tarea proceder lo mejor posible, ateniéndose a la realidad.

(*Concluirá*)

N. P. LENOIR

N O T A S

SIR HUGH WALPOLE Y LA NOVELA INGLESA

Con la muerte de Sir Hugh Walpole, ocurrida el año pasado, durante el mes de junio, las letras inglesas han perdido un vigoroso tradicionalista y un hombre vigoroso. Sería erróneo comparar la importancia de esta pérdida con la de James Joyce o Virginia Woolf. Walpole no pertenecía al mundo experimental y descriptivo de los trasfondos emocionales e inconscientes. Su arte era directo, de fácil comprensión. Como persona, poseía una jovialidad contagiosa. Desde el estallido de la guerra actual, adoptó la costumbre de leer todas las mañanas, antes de levantarse, un acto de algún drama de Shakespeare. Amigo y admirador de los artistas, coleccionaba con entusiasmo esculturas de Jacob Epstein. Era de aquellos escritores eminentes que no desprecian el cinematógrafo como forma de arte y, en ocasiones, escribía argumentos para la pantalla.

Tres meses antes de su muerte, se expresó de la siguiente manera sobre la novela inglesa: "Creo que lo que actualmente falta en ella es una fuerza más robusta, más viril; el desprecio a los débiles derrotistas, emboscados en América, a tal punto inteligentes que no pueden analizar sus propias frases. Confío en que antes de morir veré surgir un novelista estimulante y entusiasta, que posea en grado sumo el don creador, sin nada mezquino ni capcioso en su talento, capaz de dar vida a sus caracteres al correr de la pluma, que sepa que patriotismo y coraje no son palabras vergonzosas y que sepa, de todo corazón, que hombre es más que animal".

Suponemos que ciertos escritores ingleses, alejados de Gran Bretaña, no han de sentirse ofendidos por el ataque de Walpole, pues si desean que se respeten sus propias convicciones deben respetar las convicciones ajenas. Esos "derro-

tistas" creen, tal vez, que ninguna forma de sociedad es fundamentalmente adecuada a su tipo de anarquía intelectual, y han sido —conviene señalarlo— los objetos ausentes de una reciente controversia en Gran Bretaña. Controversia que terminó con las palabras de Geoffrey Grigson: "No es asunto nuestro averiguar si un artista está en Inglaterra o en Boston, en el cielo o en el infierno".

¿Acaso la opinión de Walpole sobre las condiciones necesarias a un novelista excluía la objetividad y el sentimiento de impotencia que indujo a Aldous Huxley, en *Contrapunto,* a presentar un cuadro de la decadencia de la sociedad contemporánea? ¿Acaso excluía ciertas tendencias neotéricas, como el automatismo de Gertrude Stein, los oscuros esfuerzos de los surrealistas, o los trucos periodísticos de John Dos Passos? Walpole, amigo útil de los escritores jóvenes y crítico tolerante y alentador, se ha negado a dar preferencia, sin embargo, al problema del artista. Le costaba trabajo admitir este problema. Prefería acentuar la importancia del narrador. Su amor a lo tradicional, a lo robusto y formativo, lo inclinaba a mostrar cierta suspicacia frente a aquellos cuyo cambio de actitud con respecto a los problemas creadores los conduce a modificar su técnica y a experimentar con ella.

REFLEXIONES SOBRE VIRGINIA WOOLF

La opinión de Walpole sobre Virginia Woolf (a quien admiró intensamente y a la cual llamaba "una de las más bellas, tiernas y raras mujeres que jamás haya conocido") tiende a confirmar esta actitud. Al morir Virginia, escribía Walpole: "¿Como novelista?... pero, ¿ha sido verdaderamente novelista? La respuesta a esta pregunta depende, claro está, de lo que ustedes piensen qué debe ser la novela. Yo pienso, y temo haber ya expresado esta opinión, que el objeto de la novela es crear caracteres y desarrollar el arte de la narración. Pienso que la novela puede hacer ambas cosas mejor que otros géneros literarios, y que, por tanto, está en el deber de hacerlo".

Virginia Woolf, en su artículo "Mr. Bennett y Mrs. Brown", estaba de acuerdo con Sir Horace Walpole sobre la importancia de una convincente descripción de caracteres. Con todo, interpretaba de manera distinta los fines y propósitos

de la novela. La realidad —sostenía ella— es relativa, y el objeto de la novela no consiste en predicar doctrinas. "Cuando cambian las relaciones humanas, también cambian la religión, la conducta, la política, la literatura". Y agregaba en otra parte del mismo artículo: "Estamos vacilando al borde de una de las grandes épocas de la literatura inglesa".

Había, sin duda, una sutil diferencia de opinión entre estos dos novelistas. Ambos predecían un renacimiento de las grandes cualidades de la novela inglesa, pero veían la función y la contextura de la novela desde diferentes ángulos. E. M. Forster señala que la característica dominante de la novela es hacer clara y visible la vida secreta. En tal supuesto, Virginia Woolf —cuyas novelas lo consiguen en grado notable— se aproxima más que Walpole a una más sensible concepción de la novela. Quizá Walpole, no obstante sus predilecciones de artesano literario, inconscientemente valoraba esta sensibilidad en Virginia Woolf, y me apresuro a transcribir otras reflexiones suyas a propósito de la admirable autora de *Mrs. Dalloway*:

"Era asombroso que junto a Virginia, y siendo su presencia tan quieta y ordenada, se tuviera la sensación de un tan grande movimiento mental, físico, espiritual... La inteligencia de Virginia era alarmante. A su lado, uno creía estar expuesto a la luz de un brillante reflector: nada le pasaba por alto... cosa terrorífica para las personas demasiado conscientes de sus pequeñeces, de sus faltas de percepción y agilidad. Virginia habría llegado a ser peligrosa de no mediar su corazón y su sentido del *humour*".

INDIVISIBILIDAD DE LA NOVELA

Una vivaz narrativa, una animada descripción de caracteres, son condiciones que no faltan en las novelas de Sir Hugh Walpole. Casi todas merecen leerse, y obras como *La Catedral*, *Vanessa* y la serie de *Rogue Herry* serán leídas durante mucho tiempo. Pero los críticos tienen derecho a dudar si esas novelas tratan de las complejidades, de las paradojas y de las realidades más íntimas de la conducta humana en la forma en que lo hacen los libros de Proust, Kafka, D. H. Lawrence, Virginia Woolf o el mismo Rilke, en sus simbólicos y autobiográficos

Cuadernos de Malte Laurids Brigge. Al mencionar esta obra de Rilke, de la cual muy pocos críticos afirmarán que tiene alguna afinidad con la novela, tal vez haya quien me reproche un punto de vista herético. Pero, ¿qué es la novela? No sería prudente dogmatizar sobre ella en los momentos actuales. El mundo está cambiando. Podemos esperar nuevos valores, no sólo en el orden social, sino también en el orden sentimental e ideológico. Ninguna concepción estática del arte satisface a intelectos realmente inquisitivos y severos. Algunos conservadores, temerosos de los disturbios neotéricos que puedan producirse en la literatura, sostienen la tradición como base única para la creación efectiva. Algunos renovadores, ansiosos de dar un sitio en cualquier expresión creadora a sus concepciones morales y a sus ideales, desean utilizar toda forma artística como base para su sectarismo.

A un hombre como Walpole, bien dotado para su "metier", le preocupaba que su "metier" —escribir novelas— se desarrollara y continuara dentro de esa fuerza cultural de la lengua inglesa que ha dado al mundo tan importantes precursores como Daniel Defoe, Laurence Sterne, Oliver Goldsmith y Henry Fielding. Pero el futuro de la novela, especialmente ahora, no sólo es indivisible de las demás formas artísticas, sino también indivisible de la novela en todos los idiomas.

En *La novela y el pueblo*, Ralph Fox (crítico, sociólogo y novelista inglés, muerto en España durante la guerra civil) escribe que pocas veces en la historia existe una absoluta correspondencia entre las exigencias de la vida y la dignidad e intensidad de los deseos del hombre, y que el presente conflicto de clases, manifiesto en el mundo entero, está creando un objeto de amor y de odio adecuado a las exigencias del espíritu humano. Fox creía que este fenómeno social —la lucha de clases— era la gran fuente de inspiración del novelista moderno, y añade que "el novelista capaz de comprenderlo surgirá como un gigante por encima de su tiempo, recreará el arte épico de la moderna civilización y será el legítimo heredero de la tradición literaria inglesa". Los partidarios del arte social comparten su punto de vista. Necesitamos, aun, considerar el punto de mira de los escritores individualistas, de los cazadores de utopías y de los anarquistas intelectuales, que buscan una raíz individual en todos los males y actividades de la sociedad humana. Estos artistas —como Fox lo señala en el mismo libro— estimulan su imaginación con el loco y el enfermo. Y si la mayor parte

de la humanidad estuviera loca y enferma, si careciera de amor y de salud ¿por qué no? De ser ello cierto, los escritores que renuncian a la acción y adoptan una anarquía negativa y abstracta, estarían justificados.

En el punto de mira de Sir Hugh Walpole había cierto matiz de indiferencia hacia el escritor revolucionario y el escritor individualista. No podemos decir con seguridad cómo o cuándo surgirán los poderosos novelistas del futuro, pero si deben describir la realidad íntima y hablar en un lenguaje más adecuado a la nueva moral y a los nuevos valores intelectuales, todo hace suponer que tomen un camino análogo al de los recientes precursores de la actual novela, que han tratado de revelar —entre otras cosas— la realidad de lo irreal, especialmente en el caso de Kafka, la intemporalidad del tiempo, la forma que yace enterrada baja la aparente informidad de la experiencia humana, y los medios de interpretar el presente a través del pasado y el mundo exterior a través del mundo subjetivo.

HUGO MANNING

Los Libros

JORGE LUIS BORGES: *El jardín de senderos que se bifurcan.* (SUR, Buenos Aires, 1941). — Borges, como los filósofos de Tlön, ha descubierto las posibilidades literarias de la metafísica; sin duda el lector recordará el momento en que también él, sobrecogido, las presintió en una página de Leibnitz, de Condillac o de Hume. La literatura, sin embargo, sigue dedicada a un público absorto en la mera realidad; a multiplicarle su compartido mundo de acciones y de pasiones. Pero las necesidades suelen sentirse retrospectivamente, cuando existe lo que ha de satisfacerlas. *El Jardín de senderos que se bifurcan* crea y satisface la necesidad de una literatura de la literatura y del pensamiento.

Es verdad que el pensamiento —que es más inventivo que la realidad, pues ha inventado varias para explicar una sola— tiene antecedentes literarios capaces de preocupar. Pero los antecedentes de estos ejercicios de Borges no están en la tradición de poemas como *De rerum natura, The recluse, Prometheus un-*

bound, Religion et religions; están en la mejor tradición de la filosofía y en las novelas policiales.

Tal vez el género policial no haya producido un libro. Pero ha producido un ideal: un ideal de invención, de rigor, de elegancia (en el sentido que se da a la palabra en las matemáticas) para los argumentos. Destacar la importancia de la construcción: éste es, quizá, el significado del género en la historia de la literatura. Hay otra razón para hablar aquí de obras policiales —la *exciting quality* (*and a very excellent quality it is*)— que siempre buscan los autores de este género, que los de otros géneros (en el afán de producir obras meritorias, aunque sea de lectura meritoria) suelen olvidar, y que Borges consigue plenamente.

No hay duda que Henry James ha escrito lúcidos cuentos sobre la vida de los escritores; que las pesadillas de Kafka, sobre las postergaciones infinitas y las jerarquías, no se olvidarán; que Paul Valéry inventó a M. Teste, héroe de los problemas de la creación poética. Pero los problemas nunca habían sido el interés principal de un cuento. Por sus temas, por la manera de tratarlos, este libro inicia un nuevo género en la literatura, o, por lo menos, renueva y amplía el género narrativo.

Tres de su producciones son fantásticas [1], una es policial y las cuatro restantes tienen forma de notas críticas a libros y autores imaginarios. Podemos señalar inmediatamente algunas virtudes generales de estas notas. Comparten con los cuentos una superioridad sobre las novelas: para el autor, la de no demorar su espíritu (y olvidarse de inventar) a lo largo de quinientas o mil páginas justificadas por "una idea cuya exposición oral cabe en pocos minutos"; para el lector, la de exigir un más variado ejercicio de la atención, la de evitar que la lectura degenere en un hábito necesario para el sueño. Además dan al autor la libertad (difícil en novelas o en cuentos) de considerar muchos aspectos de sus ideas, de criticarlas, de proponer variantes, de refutarlas.

En conversaciones con amigos he sorprendido errores sobre lo que en esas notas es real o es inventado. Más aún: conozco a una persona que había dis-

[1] En el prólogo, Borges incluye entre los cuentos fantásticos a *Pierre Menard, autor del Quijote.* La intención de Menard es fantástica, pero también son fantásticos Tlön y *El acercamiento de Almotásim.* No veo razones para incluir uno y excluir los otros. Lo clasifico entre las notas porque, evidentemente, es el comentario de una obra literaria irreal.

cutido con Borges *El acercamiento de Almotásim* y que después de leerlo pidió a su librero la novela *The approach to Al-Mútasim,* de Mir Bahadur Alí. La persona no era particularmente vaga y entre la discusión y la lectura no había transcurrido un mes. Esta increíble verosimilitud, que trabaja con materiales fantásticos y que se afirma contra lo que sabe el lector, en parte se debe a que Borges no sólo propone un nuevo tipo de cuentos, sino que ha cambiado las convenciones del género, y, en parte, a la irreprimible seducción de los libros inventados, al deseo justo, secreto, de que esos libros existan.

Algunas convenciones se han formado por inercia: es habitual (y, en general, reconfortante) que en las novelas no haya aparato crítico; es habitual que todos los personajes sean ficticios (si no se trata de novelas históricas). Otras convenciones —la historia contada por un personaje, o por varios, el diario encontrado en la isla desierta— tal vez fueron un deliberado recurso para aumentar la verosimilitud; hoy sirven para que el lector sepa, inmediatamente, que está leyendo una novela y para que el autor introduzca el punto de vista en el relato. Borges emplea en estos cuentos recursos que nunca, o casi nunca, se emplearon en cuentos o en novelas. No faltará quien, desesperado de tener que hacer un cambio en su mente, invoque la división de los géneros contra este cambio en las historias imaginarias. La división de los géneros es indefendible como verdad absoluta: presupone la existencia de géneros naturales y definitivos, y el descubrimiento certero, por hombres de un breve capítulo del tiempo, de las formas en que deberá expresarse el interminable porvenir. Pero como verdad pragmática es atendible: si los poetas escriben meros sonetos, y no sonetos que sean también diccionarios de ideas afines, habrá algunas probabilidades más de que desacierten menos. Puede agregarse a esto que la invención, o modificación, de un género y la subsiguiente experiencia indispensable para practicarlo bien, no son la múltiple tarea, o suerte, de un solo escritor, sino de varias generaciones de escritores. El principiante no se propone inventar una trama; se propone inventar una literatura; los escritores que siempre buscan nuevas formas suelen ser infatigables principiantes. Pero Borges ha cumplido con serena maestría esa labor propia de varias generaciones de escritores. En sus nuevos cuentos nada sobra (ni falta), todo está subordinado a las necesidades del tema (no hay esas valientes insubordinaciones que hacen moderno cualquier escrito, y lo envejecen). No hay una línea ociosa. Nunca el autor sigue explicando un concepto después

que el lector lo ha comprendido. Hay una sabia y delicada diligencia: las citas, las simetrías, los nombres, los catálogos de obras, las notas al pie de las páginas, las asociaciones, las alusiones, la combinación de personajes, de países, de libros, reales e imaginarios, están aprovechados en su más aguda eficacia. El catálogo de las obras de Pierre Menard no es una enumeración caprichosa, o simplemente satírica; no es una broma con sentido para un grupo de literatos; es la historia de las preferencias de Menard; la biografía esencial del escritor, su retrato más económico y fiel. La combinación de personajes reales e irreales, de Martínez Estrada, por un lado, y de Herbert Ashe o Bioy Casares, por otro, de lugares como Uqbar y Adrogué, de libros como *The Anglo American Encyclopedia* y *La Primera Enciclopedia* de Tlön, favorecen la formación de ese país en donde los argumentos de Berkeley hubiera admitido réplica, pero no duda, y de su creída imagen en la mente de los lectores.

Estos ejercicios de Borges producirán tal vez algún comentador que los califique de juegos. ¿Querrá expresar que son difíciles, que están escritos con premeditación y habilidad, que en ellos se trata con pudor los efectos sintácticos y los sentimientos humanos, que no apelan a la retórica de matar niños, denunciada por Ruskin, o de matar perros, practicada por Steinbeck? ¿O sugerirá que hay otra literatura más digna? Cabría, tal vez, preguntar si las operaciones del intelecto son menos dignas que las operaciones del azar, o si la interpretación de la realidad es menos grave que la interpretación de los deseos y de las cacofonías de una pareja de enamorados. ¿O clamará contra la herejía de tratar literariamente problemas tan graves? Quizá todo acabe en una condena general, y sentida, del arte.

El cuento más narrativo de esta serie (y uno de los más poéticos), el de estilo más llano, es el último que Borges ha escrito: *El jardín de senderos que se bifurcan.* Se trata de una historia policial, sin detectives, ni Watson, ni otros inconvenientes del género, pero con el enigma, la sorpresa, la solución justa, que en particular puede exigirse, y no obtenerse, de los cuentos policiales. Creo también que *Las ruinas circulares* sobresale por el esplendor de su forma; que *Pierre Menard, autor del Quijote,* es el más perfecto y que *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* es el más rico. Sería interesante hacer un censo de la fecundidad de este libro, de los problemas que plantea, de los argumentos de libros, de las bases de idiomas, de las interpretaciones de la realidad y del tiempo, que propone.

En cuanto al estilo —elogiarlo sería superfluo— convendría razonar su evolución y, más aún, (siguiendo a Menard) intentar un estudio de las actuales costumbres sintácticas de Borges. Pero son temas que exceden esta nota.

Tal vez algún turista, o algún distraído aborigen, inquiera si este libro es "representativo". Los investigadores que esgrimen esta palabra no se resignan a que toda obra esté contaminada por la época y el lugar en que aparece y por la personalidad del autor; ese determinismo los alegra; registrarlo es el motivo que tienen para leer. En algunos casos no cometen la ingenuidad de interesarse por lo que *dice* un libro; se interesan por lo que, pese a las intenciones del autor, refleja: si consultan una tabla de logaritmos obtienen la visión de un alma. En general se interesan por los hechos políticos, sociales, sentimentales; saben que una noticia vale por todas las invenciones y tienen una efectiva aversión por la literatura y el pensamiento. Confunden los estudios literarios con el turismo: todo libro debe tender al Baedeker. Pero ¡qué Baedekers! En versos arrítmicos y a través de la observada norma de que un artista que se respeta jamás condesciende a explicarse, y a través de las aspiraciones del autor, de ser Whitman, de ser Guillaume Apollinaire, de ser Lorca, y de reflejar una vigorosa personalidad. Y ¡qué novelas! Con personajes que son instituciones y con Mr. Dollard, que ventajosamente alude al capitalismo extranjero. Colaboran en la tendencia las ideas fascistas (pero más antiguas que ese partido) de que deben atesorarse localismos, porque en ellos descansa la sabiduría, de que la gente de una aldea es mejor, más feliz, más genuina que la gente de las ciudades, de la superioridad de la ignorancia sobre la educación, de lo natural sobre lo artificial, de lo simple sobre lo complejo, de las pasiones sobre la inteligencia; la idea de que todo literato debe ser un labrador, o, mejor todavía, un producto de la tierra (la iniciación y el perfeccionamiento en la carrera de las letras exigen duros sacrificios: descubrir un pueblo que no esté ocupado por ningún escritor, nacer allí y domiciliarse tenazmente). Son también estímulos de esa tendencia la fortuna literaria que han logrado algunas selvas del Continente y el exagerado prestigio que nuestro campo alcanzó en nuestra ciudad y en el extranjero (donde se le conoce por pampa y, aun, por pampas). De la pampa nos quedan los viajes largos y algunas incomodidades. Estamos en la periferia de los grandes bosques y de la arqueología de América. Creo, sin vanagloria, que podemos decepcionarnos de nuestro folklore. Nuestra mejor tradición es un país futuro. En él

creyeron Rivadavia, Sarmiento, y todos los que organizaron la República. Podemos ser ecuánimes y lógicos: un pasado breve no permite una gran acumulación de errores que después haya que defender. Podemos prescindir de cierto provincialismo de que adolecen algunos europeos. Es natural que para un francés la literatura sea la literatura francesa. Para un argentino es natural que su literatura sea toda la buena literatura del mundo. De esa cultura, en la que trabajan, o trabajaron, William James, Bernard Shaw, Wells, Eça de Queiroz, Russell, Croce, Alfonso Reyes, Paul Valéry, Julien Benda, Jorge Luis Borges, y de la Argentina posible y quizá venidera que le corresponde, este libro es representativo.

ADOLFO BIOY CASARES

EDUARDO MALLEA: *Todo verdor perecerá.* (Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1941). — ¡Qué replicarán ahora los nacionalistas literarios de "trocha angosta" ante esta nueva novela de Eduardo Mallea! Porque también el autor de *Todo verdor perecerá* hubo de sufrir la embestida directa o el reproche insidioso de los simplificadores, por no llamarles simples. De quienes no conciben que el acento genuino se logre precisamente por el camino de la universal[illegible] Pero ya Mallea demostró, desde el *Nocturno Europeo*, que la mejor [illegible] encontrarse uno a sí mismo es salir de sus bardas nativas, corrob[illegible] seguido en *La ciudad junto al río inmóvil.* Hizo patente —sin [illegible] la plástica ejemplificación del creador novelístico— que [illegible] mundo desde las tapias de su país, corre el riesgo de no [illegible] vuelve a evidenciarlo por la misma vía tácita, pero elocue[illegible] novela, toda ella surgida de un mundo provinciano [illegible] realidad cotidiana y habitada por personajes que pa[illegible] misma atmósfera. No es, sin embargo —triunfo [illegible] rural ni cosa parecida. El libro no necesita tom[illegible] abundar en tipismos, ni abusar del "voseo", p[illegible] sus páginas un vaho de autoctonía y de vera[illegible] genuinidad es de almas y no de anécdotas, [illegible] dentro a fuera y no al revés.

Pero dejando a un lado estas excelencias —ya que nunca medí el valor de ningún libro, en ninguna literatura, por sus virtudes exógenas, como son al cabo, y desde el único punto de vista que vale, el artístico, las indígenas —*Todo verdor perecerá* se nos aparece, por encima de su localización geográfica, como una novela cabal, sin necesidad de más adjetivos. Para quien haya seguido la evolución ascendente de Mallea, su resistencia a las petrificaciones, su afán de no adherirse a ninguna fórmula cristalizada, manteniendo su espíritu en constante disponibilidad, variando —aun en su unidad— de libro a libro el ángulo de enfoque, pulsando técnicas siempre con maestría, esta nueva novela cobrará el significado no de un término, cierto es, pero sí de un hito capital. Cuando se haga el estudio completo de su decurso —que aún está por escribir, pese a la abundante bibliografía ya suscitada por la obra malleana— podrá fijarse exactamente la significación de este libro. Por el momento, lo ya evidente es que con *Todo verdor perecerá* Eduardo Mallea inaugura una fase distinta en el conjunto de su obra, internándose arriscadamente en el campo tupido de la "novela novelesca".

Recuerdo —permítaseme la automención— que a raíz del *Nocturno Europeo* —y desde *El Sol*, de Madrid, comienzos de 1936—, con holgura fraterna, no en tono consejero ni admonitorio, yo incitaba a Eduardo Mallea para que "en sucesivo se dejase arrastrar más cándidamente por la historia que imagina, lacer de contar, por el empeño de organizar una completa atmósfera no- ha hecho ya —agregaba— quizá demasiado la contra-novela, se suficientemente todas las fórmulas de desnovelización posible, para daderos creadores imaginativos puedan tornar, sin ningún escrú- novela total". Pues bien, he aquí esta novela, agregaré ara quienes conocíamos desde sus orígenes actuales, —que , el relato quizá más estremecido y rico en futuro de móvil— la exuberancia de su temperamento, esa vena imeras reticencias y premiosidades latía viva en su es una sorpresa, es una corroboración. Porque erced a esta novela —quizá mejor que con *La* posee otros valores y una ambición más vasta—, ya iniciada por *Fiesta en noviembre*. Prieta y obra, mantenida en un tan espontáneo como

difícil equilibrio de elementos, sin estrecheces ni prodigalidades. Precisamente esta última virtud, llevada al desenfreno, corría el riesgo de dejar de serlo para Mallea, tornándosele enemiga, en algunas páginas anteriores. Pero ahora tal exceso fué dominado y su vecino, el énfasis discursivo, entró en canal. Todos los elementos, pues, encuentran sus límites ceñidos y conjugan sus intenciones hacia una meta de acrisolamiento y perfección. Todo alcanza su punto más alto de granazón meridiana.

A tal logro colabora, en primer término, un ambiente limitado, unos personajes escasos, un interés argumental en suspenso. El novelista pisa, desde el momento inicial, una tierra conocida, se hunde en ella, explora con dominio los fondos abismales de sus personajes y logra mantener vibrante un arco de tensión. Porque novelar es muchas cosas, permite muy diversas técnicas, desde luego, pero antes que nada será siempre el arte de moverse en un terreno firme o en un mundo definido, cuyos rasgos se dominen todos —dominando, por ende, al lector. La creación de este "ámbito cerrado" —como lo calificaba Ortega— implica concentraciones y sacrificios, no fáciles de hacer en el primer momento de cada autor. Pero sólo de esta suerte se logrará novelar en la plenitud del término: revivir vidas en todas sus dimensiones anímicas, en su fluir más hondo.

Todo verdor perecerá se abre ya en profundidad con un paisaje dramático, no sólo por el lugar sino por los seres. Almas y cosas se debaten con impotencia frente a un medio castigado, en una atmósfera dura, bajo presagios tácitos, pero inexorables. Hay una dualidad armónica entre los seres agrios y el paisaje reseco. La desolada sequía del segundo, el "páramo compartido" que los primeros viven, que Ágata Cruz y su marido padecen, sólo podrá terminar con un vendaval de tormenta. Sus almas tienen la sequedad de los médanos arenosos que les rodean. El hombre sombrío y la "mujer híspida" —tipo femenino en que Mallea ha logrado sus mejores aciertos, desde la Ira Dardington del *Nocturno Europeo* hasta la Gloria Bambil que llena dramáticamente la última parte de *La bahía de silencio*— no chocarán tanto entre ellos mismos como contra los elementos desencadenados por su agrura. Ése es quizá el significado de la primera parte del libro que termina con la muerte provocada del marido. La grandiosidad natural de tormenta que esas páginas alcanzan es impresionante. En este punto, el sesgo del episodio nos trae una reminiscencia de *Thérèse Desqueyroux*, envenenadora de su marido, en la novela del mismo título, de François Mau-

riac. Pero no se trata de ningún parentesco directo, ya que los personajes de Mauriac, como se recordará, extraen su dramatismo de la pugna entre la idea católica del pecado y la sensualidad natural.

Una vez libre —aunque en realidad nunca evadida de su oscura prisión interior— o creyéndose tal, Ágata quiere saciar su sed, encontrar un cauce ancho a su avidez latente, pero la vida sólo le depara torvamente un mezquino hilo de agua, un amor ocasional, pronto agostado. Y entonces, aislada ya del mundo, sin haber satisfecho su afán de comunión, se hunde desoladamente en la noche, perseguida como una bestia acosada. Si, a mi juicio, la alta tensión que carga todo el libro se hace más aguda en su primera parte, la segunda, no por cambiar de escenario y ampliarse relativamente el campo de los personajes, posee menos nervio y dramatismo. El ciclo del destino se cierra así implacablemente sobre la protagonista. Del primer hombre, un hombre hostil, se desembaraza indirectamente; al otro, que hubiera querido retener, no obstante la falta de sintonización con su alma, se lo arrebata el mecanismo de una seudoidea política, que pretendiendo "organizar" el mundo comienza por despojar a los seres de sí mismos, por mutilarlos estúpidamente.

Pero no destiñamos con una glosa fragmentaria el contenido de *Todo verdor perecerá*, soslayando inclusive el sentido de este hermoso título evangélico. Una novela tan desnuda y objetiva toleraría mal cualquier variación parafrásica. Porque hasta las mismas reflexiones entreveradas en la acción surgen también escuetas y ceñidas, sin perturbar su tupida trama. El ensayista, siempre al acecho en Mallea, el aficionado a las teorizaciones, ha sabido ahora sacrificar lo discursivo, supeditándose plenamente al novelista. He ahí otro de los motivos que determinan la perfección del libro, y aseguran un lugar cimero a esta nueva "historia de una pasión", que es ante todo humana, sin dejar de ser argentina.

GUILLERMO DE TORRE.

ALFONSO REYES: *Pasado inmediato y otros ensayos.* (El Colegio de México, 1941). — "No me deja desperdiciar un solo dato, un solo documento, el historiador que llevo en el bolsillo". Confesión de Alfonso Reyes en *Reloj de sol* (1926).

Pero no es tanto un afán de recuperar el pasado público como de reconstruir el diario íntimo que se le ha ido deshojando en el camino. Como Eco, la ninfa despedazada, ese Diario que Reyes enterró aquí y allá a lo largo de su obra se sobrevive en un rumor constante. Por impersonal que parezca el tema que Reyes se ha impuesto, siempre se le percibe la vibración de una confidencia a punto de revelarse. Cierto que toda producción literaria es diario de un espíritu, pero la de Reyes más que otras porque su *yo* es demasiado impresionable para disimularse. Está siempre activo y, a veces, absorto en el espectáculo de la propia actividad. Aunque la menuda investigación lo lleve a través de los siglos, el poeta sigue viviendo su bohemia, los flecos del pasado histórico vienen a entretejerse con su vida íntima, las papeletas eruditas se le magnetizan con las emociones del presente y, al pasar los años, al releer sus propios libros de ciencia, Reyes siente la nostalgia de un virtual diario íntimo: "Por desgracia en aquellos años no llevaba yo un diario, que bien hubiera valido la pena por todo lo que me tocó ver y oír. De aquí que, en el afán de no olvidarlo, siempre ando queriendo reconstruirlo". Y, en efecto, en *Reverso de un libro* nos describe el trasfondo biográfico de los "capítulos de literatura española" que reunió en 1939: amigos y maestros, los años de aprendizaje en Madrid, la anécdota y la travesura, los inviernos, el Guadarrama... Cuando Reyes presenta el proceso de nuestra cultura —*De poesía hispanoamericana*— o a México desde 1910 —*Pasado inmediato*— también hay un interés biográfico que le afina la perspectiva. Es hombre de tradiciones, de herencias bien cuidadas. Y al pintar el cuadro de la literatura de América deja un lugar que ocupará su propia figura.

Del pasado, Reyes recoge los momentos en que el hombre es ejemplar. Historia de personas que se expresan. Y al levantarlas de la masa humana las individualiza con una luz tan graciosa que esa ejemplaridad suscita también emociones estéticas. Sus ensayos *Justo Sierra y la historia patria, Genaro Estrada* y *Recordación de Urbina* parten del reconocimiento de valores morales y poco a poco se convierten en poemas. Esos claros varones de la civilización se nos aparecen como creaciones de la fantasía. Son tan hermosos como en un cuento. Rasgo muy americano, lograr la poesía de lo normal, no de lo pervertido.

Reyes, con ser uno de nuestros escritores más exquisitos, más originales, más sorprendentes, fundó su obra en la salud humana. Otros quisieran olvidarse de la postura del hombre para ver si al sesgo el mundo les dice algo; se mutilan

o hacen valer sus mutilaciones; se entregan al frenesí sofístico o al sopor; corroen la honra, niegan la luz, traicionan al corazón... No Reyes. Alfonso Reyes es un escritor clásico por la integridad humana de su vocación, por su serena fe en la inteligencia, en la caridad, en los valores eternos del alma. La peculiaridad del universo poético de Reyes no es extravagancia sino afinamiento de las direcciones normales del hombre. Cada frase le nació desprendiéndose del fondo común, recortándose contra la sabiduría popular, buscando el propio perfil; Pero esa destreza literaria en el camino de la expresión personal no la cultiva Reyes por afán de soledad, sino por cumplir con la figura a que está destinado en el bajorrelieve.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

GILBERT MURRAY: *El espíritu de libertad y la civilización.* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1941). — Nadie mejor que un humanista, empapado de cultura y sabiduría antiguas, puede exponer las causas profundas del revuelto estado actual del mundo. Gilbert Murray estaba doblemente calificado para esa tarea, pues a su función de profesor de literatura griega en la Universidad de Oxford, unió, durante muchos años, la de miembro activo de diversos órganos de la Liga de Naciones, mientras esta entidad pudo funcionar.

En primer término, del libro se destaca una exposición nítida de lo que debe entenderse por civilización. No es ésta, por cierto, un término abstracto, creado para expresar un anhelo espiritual. La civilización nació de un necesidad: la necesidad del sosiego, del abrigo y del alimento asegurados contra peligros externos. El origen de la civilización fué el recinto amurallado en que, primitivamente, buscaron refugio aquellos que huían de la anarquía y fundaron la Ciudad. Allí, al amparo de sus propias leyes, se sentían protegidos contra el miedo al hambre o al repetido ataque del enemigo.

Este recinto amurallado, la "Polis" de los antiguos griegos, es la condición ineludible para poder vivir, y "vivir bien", según dijo Aristóteles. Es que el hombre, para sentirse libre, debe ante todo vivir sin miedo. El miedo, bajo cualquiera de sus formas, miedo al hambre, miedo a la agresión, miedo a la injusticia, priva al hombre de la libertad de pensamiento, imponiéndole la ruda obligación

de dedicar todas sus facultades a buscar arbitrios contra esos males, induciéndolo a ser, a su vez, enemigo de la libertad y la seguridad de los demás.

La civilización es, pues, el marco en que se engarza el precioso espíritu de libertad, con el que se identifica. Ser civilizado y pensar como hombre libre, con "liberalidad", es la misma cosa. La civilización crea reservas de seguridad, y la mejor, si no la única defensa de la civilización, es ese espíritu de libertad que se desarrolla en el recinto amurallado, en la Ciudad, que se va ensanchando, tendiendo a abarcar la totalidad de las naciones.

No resta valor a las dos conferencias que forman el libro de Gilbert Murray la circunstancia de haber sido pronunciadas antes de la guerra actual. El autor tenía la experiencia de la guerra anterior, con sus efectos en los diversos pueblos, a lo que se agregaba su experiencia de la Liga de las Naciones. La repetición de la tragedia mundial de 1914 acentúa, al contrario, el quilate de las observaciones del sabio inglés.

Después de 1918 había en el mundo un sincero deseo de paz. Todos parecían estar de acuerdo en que la guerra es la extrema negación de la seguridad, y, por lo tanto, de la libertad. Además, la falta de seguridad empieza en las naciones en cuanto nace en unas el propósito de la agresión, y en otras la necesidad de preparar su defensa. ¿Cómo pudo surgir de nuevo y desarrollarse la mentalidad guerrera, que ya amenazaba con un nuevo estallido cuando Gilbert Murray dió sus dos conferencias? El deseo del desquite, consecuencia psicológica de toda derrota, y el culto de la fuerza, tradicional en el hombre, son las causas generales. El autor cree en "los avances realizados en moral por el hombre civilizado en el siglo XIX, en el despertar de su conciencia social y en el eterno aumento de su capacidad de simpatía". Pero es un hecho que el deseo vehemente que animó a "las pobres tribus humanas", después de la Gran Guerra, se ve hoy frente a "la doctrina que rechaza en absoluto la ley moral entre las naciones, y frente a la aceptación de la regla de la pura fuerza, más consciente, explícita y universal que nunca en la historia humana".

Es que ha faltado el espíritu de colaboración entre los gobiernos en defensa de la paz, condición esencial de la seguridad y la libertad, o sea, de la civilización. Ha faltado, sobre todo, espíritu de sacrificio, como en las ocasiones en que, definido el agresor, la estricta aplicación de una simple cláusula del Pacto le hubiera impuesto un cambio de actitud. (Recordemos la decisión

de 52 naciones de la Liga, de aplicar sanciones económicas contra Italia, agresora de Abisinia. La interrupción del comercio con la península implicaba sacrificios económicos que ninguna nación tuvo el valor de aceptar. Esa decisión de la Liga, de haberse cumplido, hubiera acabado con el régimen fascista en Italia. En cambio, su pomposa formulación, sin cumplimiento, fortaleció la posición de Mussolini y agravó el malentendido entre él y las democracias. El rencor y la mentalidad de guerra que se acentuaron en la península itálica a raíz de ese hecho la lanzaron definitivamente en la órbita del Fuehrer).

Hagamos la "ciudad del mundo" —dice Gilbert Murray—, libre de peligros exteriores, y poco a poco, paso a paso, podremos vernos libres de la injusticia.

Eso desea el 90 por ciento de los hombres, ansiosos de paz, ávidos de "vivir bien", en sosiego, sin miedo, libres de no odiar, libres de no pensar en matar para defender su preciado patrimonio.

Pero, ¿cómo lograrlo? ¿Una nueva Sociedad de las Naciones? No se ve otro camino. Gilbert Murray no acierta a descubrir uno mejor. Quizás sea, en efecto, el único. Tengamos fe en que la experiencia de la primera Liga servirá de enseñanza y esperemos que, para evitar nuevos errores, en la futura entidad internacional se dará una intervención directa a ese 90 por ciento de la humanidad que hasta hoy sólo ha podido oponer sus buenos deseos de civilización y de paz a los factores contrarios.

ARTURO MONFORT.

Polémica

OBSERVACION FINAL

Roger Caillois, en el número 91 de SUR, ha elucidado algún *obiter dictum* crepuscular de su impremeditada monografía. Reconoce "no haber distinguido bastante explícitamente la historia de la técnica de la historia de la materia". No citó la novela de Balzac *Une ténébreuse affaire* como esbozo de novela poli-

cial, sino porque ese libro intratable registra el momento preciso (Francia, primeros años del siglo XIX, actividades invisibles de la policía secreta) en que la sociedad sufrió un cambio que permitiría el auge ulterior de las ficciones policiales...

Los deterministas razonan que cualquier momento de la historia del universo (cf. la imaginaria fórmula de Laplace, cf. el tercer libro de la *Lógica* de Stuart Mill) es el resultado fatal de *todos* los momentos anteriores, que son virtualmente infinitos. Planteado así el problema, nadie puede negar una relación entre los *mouchards* napoleónicos de 1803 y el fosforescente mastín de la familia Baskerville. Planteado de cualquier otro modo, esa relación es *irrelevant.* El género policial tiene un siglo, el género policial es un ejercicio de las literaturas de idioma inglés ¿por qué indagar su causalidad, su prehistoria, en una circunstancia francesa? En Francia, el género policial es un préstamo. Sus ejecutores son Gaboriau, Leblanc, Leroux, Véry, Simenon — literatos muy olvidables. De los muchos enigmas que han emitido, no acude a mi recuerdo sino el deleitable *Cuarto Amarillo,* cuyo buen argumento sobrevive a su tremebunda escritura. En Inglaterra (me limitaré al siglo XIX) tenemos *The moonstone* (1868) de Collins, *The mystery of Edwin Drood* (1870) de Dickens, *A study in scarlet* (1887) de Conan Doyle, *The Big Bow mystery* (1892) de Zangwill, *The wrecker* (1892) de R. L. Stevenson.

La conjetura de Caillois no es errónea; entiendo que es inepta, inverificable.

JORGE LUIS BORGES

LA UNIVERSIDAD Y LA CULTURA

Nuestras Universidades han padecido siempre de un exceso de tendencia profesionalista; se les ha censurado repetidamente, y con razón, atender sobre todo a la habilitación del médico, del ingeniero, del abogado. La función de crear y de impartir cultura, omitida o descuidada por la Universidad en cuanto cuerpo o institución, ha quedado librada a la vocación de algunos profesores, aunque es

de justicia reconocer que va obteniendo poco a poco un incremento apreciable. Las facultades de índole más desinteresada, las consagradas a las humanidades, sólo parcialmente hacen excepción; la formación profesional del profesorado secundario prepondera en ellas sobre el cultivo desinteresado de las disciplinas humanísticas.

La cultura es saber y es también cierta actitud ante la vida, ante los problemas que la vida plantea; es, por lo tanto, saber y conducta. En lo tocante al saber, que es lo que en primer término puede proporcionar la Universidad la cultura no consiste en el dominio de un saber particular, por muy a fondo que este conocimiento se lleve, porque la cultura supone universalidad, capacidad para entender y enjuiciar en su conjunto las realidades del mundo de la naturaleza y del de la vida humana. La cultura superior no tiene otro órgano formal que la Universidad, pero para que ésta sea en verdad instrumento de cultura debe adecuarse a la tarea, concebir claramente los fines y buscar los medios apropiados. No porque la función le corresponda naturalmente podrá cumplirla sin poner nada de su parte, por una especie de influjo mágico, por el simple hecho de estar ahí.

El rector de la Universidad de La Plata, Alfredo L. Palacios, ha comprendido la necesidad de introducir en los estudios ciertas enseñanzas comunes para todos los alumnos universitarios, que sean las bases de un saber general que sobrepase el uso aplicativo y utilitario. Entre las razones con que fundamenta su proyecto, leemos las siguientes, cuya verdad es permanente, pero cuya oportunidad ahora, en los tiempos que corren, es mayor que en cualquier otra ocasión: "Que la especialización creciente de las disciplinas cultivadas en cada facultad y el criterio fragmentario de la educación, predominante aún entre nosotros, pueden conducir a una tecnificación profesional saturada de árido y excluyente pragmatismo, cuyos efectos serán desintegradores de la vida social y de la personalidad del hombre".

Una comisión de profesores de aquella casa de estudios ha sido encargada de redactar el plan. El propósito nos parece digno de aplauso y merecedor del apoyo de todos y de la imitación por parte de las instituciones similares. Es un paso hacia la coordinación universitaria, hacia la integración espiritual en las zonas elevadas del saber. La aproximación e intercambio mediante los cuales las distintas facultades llegarán a componer una Universidad compacta y verdadera,

sólo serán posibles con la agrupación material de los diferentes institutos en un vasto y orgánico conjunto, tal como se ha hecho tradicionalmente en los Estados Unidos y se empieza a hacer en algunos países de la América Latina, que se nos adelantan en esto como en tantas otras cosas. Mientras esperamos esta solución ideal y completa, la del Dr. Palacios, conciliable con ella y de más fácil realización, nos parece una notable iniciativa en pro de los mejores intereses del país.

WALDO FRANK EN BUENOS AIRES

Las tres conferencias de nuestro amigo Waldo Frank, pronunciadas en el "Colegio Libre de Estudios Superiores", fueron oídas con singular devoción por un público extraordinariamente numeroso. En estas recientes conferencias —"La guerra que está debajo de la guerra", "Ustedes y nosotros" y "El mundo nuevo: sus comienzos en los Estados Unidos"— Frank prolonga y actualiza el mensaje de sus libros, familiares entre nosotros, que tanto han contribuído a esclarecer el significado y la misión de América en el mundo.

Al día siguiente del arribo de Frank a Buenos Aires, Victoria Ocampo le ofreció un almuerzo en nombre de Sur. "Estamos aquí reunidos —*dijo a los postres*— para celebrar la tercera llegada de Waldo Frank a la Argentina. Y en circunstancias en que buena falta nos hace una *Chart for rough waters*... Circunstancias que no habíamos previsto, por cierto, cuando desembarcó en estas costas, la primera vez, en octubre de 1929. En esa época me había aconsejado con insistencia, paseando por Palermo y San Isidro, fundar una revista, indispensable —según él— para los escritores jóvenes y para el acercamiento de las Américas. Meses más tarde, la discusión —porque era una discusión— se reanudó en un Child's de Nueva York y en Central Park. Y en el verano de 1931 aparecía, gracias a la terquedad de Waldo, el primer número de Sur. Hace 11 años que esta revista continúa existiendo. No sé exactamente hasta qué punto lo ha desilusionado, pero sé que he cumplido una promesa: la de perseverar.

En la carta que encabezaba el primer número de Sur, decía yo a Waldo Frank: "Esta revista es su revista y la de todos los que me rodean y rodearán en lo venidero. De todos los que han venido a América, de los que piensan en América y de los que son de América. De los que tienen la voluntad de comprendernos, y que nos ayudan tanto a comprendernos a nosotros mismos". Por América entendía yo toda la América: la de Waldo como la de Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Germán Arciniegas, Jorge Amado, Pedro Henríquez Ureña, Juan Marinello. Y por "los que han venido a América, los que tienen la voluntad de comprendernos y nos ayudan tanto a comprendernos a nosotros mismos", entendía yo los europeos:

Europa. No sólo Inglaterra, España y Portugal, sino Europa entera que es en su totalidad nuestra verdadera madre patria. La Europa que sería monstruoso e inimaginable excluir o intentar excluir de nuestra confraternidad.

Jacques Maritain escribía recientemente en "Lettres Françaises" a propósito de política y religión: "Aristóteles y los grandes sabios de la antigüedad sabían que las virtudes morales están ordenadas a una contemplación de la verdad que va más allá de la intercomunicación política. De ahí que si la humanidad se encontrara en estado de naturaleza pura, un reino de los espíritus como aquel de que Leibniz se complace en hablar tendría normalmente su puesto por encima del mundo de la vida política. Podemos considerar como vago lineamiento de este reino natural de los espíritus la red espiritual que enlaza entre sí a los artistas, los sabios, los poetas, los filósofos, los verdaderos humanistas; a todos los que tienen el culto de las obras del espíritu. Una red semejante es como el esbozo de una misma familia por sobre las fronteras nacionales".

SUR quiere ser, se esfuerza en ser el punto de encuentro de esa familia. Y por mi parte puedo decir que si no tuviera fe en ella, el estar condenada a vida en el mundo ensangrentado y convulso de odios que la prensa y la radio nos descubren cada mañana, me parecería un intolerable suplicio.

Pero tengo la suerte, la inmensa suerte de creer en esa familia cuyos miembros pertenecen a todas las nacionalidades, a todas las razas. Y estoy segura de que los que están sentados a esta mesa comparten conmigo esa certidumbre. Y de que esa certidumbre está anclada, de una manera consciente o inconsciente, en todos los corazones auténticamente americanos.

SUR sólo cumple su objeto primordial en la medida en que es un patente testimonio de esa fe.

No tengo, pues, necesidad de repetirles a Waldo Frank y a Norman Armour (que ha querido proporcionarnos la alegría de lo que su presencia entre nosotros implica) que la América de ellos y la mía son, en nuestro sentir y nuestra voluntad, la misma América. Hace once años que SUR ha nacido y vive de esta creencia.

Pero necesito una vez más agradecer a Waldo Frank el habernos hecho crédito y haber insistido tanto en la realización de un proyecto que probablemente se hubiera quedado en estado de proyecto sin el choque violento y feliz de las cualidades y defectos yanquis con las cualidades y defectos criollos".

Días después, en la comida que le ofreció la "Sociedad Argentina de Escritores", Waldo Frank contestó con las siguientes palabras al notable discurso de Eduardo Mallea y al saludo de Luis Reissig, Presidente del "Colegio Libre".

"Queridos amigos —*comenzó diciendo Frank*—. ¿Me permitís, con vuestra indulgencia característica, que ante todo dirija mi saludo a tres de entre vosotros? Ellos cuentan entre mis primeros amigos en este continente.

Usted, María Rosa Oliver, cuya vida es símbolo de la creación de belleza intelectual y espiritual con abismos de dolor humano, y del triunfo final de la belleza, en la forma misma de su vida. A menudo, en las horas oscuras de mi vida, en mi propio país, su claridad,

y sobre todo su ternura —porque sólo los muy valientes y muy fuertes pueden ser tiernos—, me alentaron y me nutrieron.

Usted, Eduardo Mallea. He observado el progreso de su gran sensibilidad fundida con una igual capacidad de pasión y una inteligencia igual: las observé a medida que adquirían en sus libros la forma misma de su patria; y observar esto es asistir a la formación de una obra de calidad clásica. He visto sus poderes para resistir los lazos que tiende nuestra época: lo falsamente simple, lo falsamente intrincado, lo falsamente esperanzado y la falsa desesperanza. Su triunfo me ha fortalecido.

Y usted, Victoria Ocampo. Conocerla ha sido vivir. Bajo su gran talento, su fértil inteligencia, su rara bondad y su generosidad, hallé en usted una mujer de sensibilidad sencilla y delicada. Bajo su exquisita cultura europea reconocí en usted una mujer de la tierra americana, y como tal, hice su retrato hace diez años. Bajo su brillantez es usted mujer de colores delicados, de formas extremadamente frágiles. Por ser así, es usted una reina. Como a la verdadera reina de Sudamérica, le ofrezco mi homenaje.

Esta noche deseo deciros a todos, en verdad, por qué estoy aquí. Naturalmente, hay muchas razones, muchos motivos. Buenos amigos, particularmente de la Argentina, me han estado urgiendo para que viniera. Buenos amigos de los Estados Unidos me han estado urgiendo para que os visitara, no para deshacerse de mí (aunque muchos de mis conciudadanos no me echarán de menos mientras estoy con vosotros), sino porque sienten, con más fuerza que la expresable, los imperativos profundos de las relaciones americanas; y, porque al mandarme, sienten que están expresando ese enérgico sentimiento. Además, para mí, personalmente, es en extremo agradable estar otra vez entre vosotros. Tengo viejos y queridos amigos en vuestra América, y cualquier pretexto que me acerque a vosotros es bien venido. Amo vuestro mundo: vuestra música, vuestras danzas, los contornos y cualidades de vuestros espíritus, vuestros temperamentos complejos e infinitamente variados, tan fuertes como vuestros Andes y, sin embargo, tan sutiles como las perspectivas sobre vuestra pampa.

Confieso también que los años no han oscurecido el recuerdo de vuestras comidas, por ejemplo: vuestro asado con cuero, que es, a otras carnes, lo que el mejor borgoña al vino corriente. Pero aun la esperanza de otro asado en la estancia de otro Don Segundo Sombra no habría bastado para traerme aquí en este momento; este momento trágico, este momento esperanzado y espléndidamente heroico.

Estoy aquí, amigos, por una única causa esencial: el motivo de mi vida. Habéis tenido muchos y excelentes visitantes traídos por la guerra. Yo fuí traído por la paz, por la llamada "paz" de los años que siguieron al armisticio (mil novecientos dieciocho - mil novecientos treinta y nueve). Es el fracaso de esa paz, de la cual os hablé tan cándidamente en 1929, y acerca de la cual he escrito durante toda mi vida: y es el sueño... no; el proyecto y el destino de la *paz verdadera* que jamás conoció ninguno de vosotros, el que me trae de vuelta, el que me tuvo unido íntimamente a vuestra América durante todos los años de mi vida.

Si durante la guerra no se pudiera hacer otra cosa que vivir la guerra, la humanidad moriría. Durante la guerra..., particularmente durante esta guerra vertical que es revolución

mundial, los guerreros imprescindibles son los hombres de paz, los amantes de la paz. En esta guerra profunda que nos ha tragado a todos, desde antes que naciera el más viejo de nosotros, la única esperanza es que engendremos más amantes de la paz, más estudiosos de la paz, que nunca. Sólo así puede la humanidad llevar con éxito esta guerra contra lo bárbaro, contra lo inhumano de todos nosotros. Sólo así puede el hombre vencer. Porque la paz de la que hablo no es la cesación de la lucha; es el comienzo de nuestra lucha para alcanzar la verdad y *conocer* la verdad, en la acción social y personal. Es el comienzo de la lucha del hombre con Dios (como antiguamente luchó Israel).

La guerra es la cesación de la lucha humana; la aceptación de la guerra es capitulación ante lo subhumano. Y hay modos más traidores de aceptar la guerra que el mero acto físico de marchar a la batalla. La guerra es una especie de muerte, mientras la paz de que hablo es el completo despertar.

Pero esto no significa que todos no seamos responsables por esta guerra, o que algunos de nosotros podamos eludir nuestra parte en la responsabilidad. Ya no es cuestión de eludir: ahora es cuestión de someterse o trascender.

En el Antiguo Testamento, la historia de Caín y Abel nos da la palabra: "¿Soy yo guarda de mi hermano?" Vosotros recordáis que cuando Caín dijo "no", hubo sangre sobre la tierra, y muerte. Cuando las naciones que se dan por conductoras del mundo, ante la matanza de etíopes, la mutilación del pueblo judío, el asesinato de la heroica España, la astuta destrucción, largo tiempo arrastrada, del espíritu humano, bajo la así llamada "paz" del capitalismo —y luego, ante los brutales ataques a Austria y Checoslovaquia—, intentaron contestar: "No; nosotros no somos guardas de nuestro hermano", la respuesta significó muerte. La muerte no sólo de Europa. La muerte del mundo moderno en que hemos vivido todos nosotros.

En esta culpa del mundo moderno (dejadme hablar claramente con mis amigos y hermanos) los escritores, los intelectuales, hemos sido muy culpables. Hemos vendido nuestros talentos a cambio de un pequeño poder transitorio, y nos hallamos impotentes. Habíamos utilizado el talento para burlarnos, para halagar, para excitar frívolamente al pueblo, y nos encontramos separados del pueblo, y a nosotros mismos con el pueblo, en una horrible carnicería. Malgastamos el privilegio de nuestros dones con fines egoístas, en un momento en que todo don, toda capacidad de pensar y de crear es responsabilidad sagrada ante todos los hombres. En consecuencia, perdimos contacto con el pueblo y con nosotros mismos.

En consecuencia, caímos víctimas de los sofismas: negros, pardos, verdes —o el más peligroso de todos, el sofisma blanco de la falsa neutralidad—, víctimas de todos los sofismas que han hecho el mundo horrible. Nosotros —los escritores y creadores—, hombres de paz, no hemos entendido que esta guerra de la que hablo y de la que todos somos culpables, sólo puede ser peleada y ganada por hombres de paz.

En mis conversaciones y en mis conferencias espero hablar de todo esto y aun de mucho más. Esta noche aprovecho vuestra amistad para hablar de mí mismo. Me habéis recibido calurosamente; me habéis dado bien de comer. No esperéis que os pague totalmente; os pagaré según mis posibilidades... Me expresé literalmente, al decir que nuestra paz —la

falsa paz del Occidente moderno, me dió la conciencia del mundo hispánico. Tropecé con un pobre y desterrado fragmento de ese mundo ya en 1917, en el sudoeste de mi país. Nada sabía de él; no podía hablar su idioma. Pero sentí inmediatamente que tenía algo para mí, algo para mi pueblo, algo de que carecía mi orgulloso mundo industrial, algo que eché de menos y busqué ciegamente desde que era un niño. Algo cuya ausencia convertía los éxitos triunfales de entonces en un peligro y un engaño. Mi intuición me mandó a España, a México, a la Argentina, para estudiar qué era esa intuición.

Ése fué el primer grado de un proceso creativo que ha abrazado mi vida. Era la sensación de que nosotros, precisamente los de los Estados Unidos, civilización desequilibrada por las máquinas, dirigida por hombres de cabezas de máquina y gastados por la máquina, necesitábamos una nueva capacidad de integración para que no se hiciera pedazos la total estructura de la civilización: necesitábamos un manantial de fuerza para la integración y conocimiento esencial que el mundo hispánico y el indohispánico parecían poseer.

El segundo grado de mi comprensión fué que *nosotros* teníamos algo (y no me refiero sólo a motores y aeroplanos, aunque no los desestime) que *vuestra América* necesitaba. Tarde, sólo más tarde, comprendería que también simbólicamente, juntos, formamos un hemisferio, una América; conocería que ambas Américas son, profundamente, medios mundos — demasiado profundamente para ser una casualidad; que potencialmente formamos, no una homogeneidad (¡Dios no lo consienta!), no una identidad (¡Dios no lo consienta, tampoco!), sino un organismo complejo, múltiple, que requiere de cada uno de sus miembros soberanos, individuación y madurez: que esta gran integridad es, para cada uno de nuestros países, el imperativo para la realización del destino americano y, ciertamente, para la supervivencia americana.

Éste es, en líneas generales, el proceso que me trajo aquí por primera vez; es por esto que estoy aquí ahora. Esto será la substancia de lo que diga y haga mientras esté aquí, y después que me haya ido.

Esto que me afectó (como a otros antes que a mí) no era "literatura", no era "poesía" en el falso sentido burgués. Era conocimiento, en el sentido orgánico de la palabra; era una intuición de los profundos procesos creativos de la vida, en una parte decisiva del globo, en una hora decisiva para la humanidad.

Comenzó en mí como la vaga conciencia de un joven que de pronto encuentra un mundo que parecía completamente más allá de él; más extraño para él que Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Italia o Grecia. Ahora es acción, hecha substancia por la experiencia y el estudio, forjada y templada en la historia y la tragedia. Pero con ustedes, esta convicción del destino americano queda como una relación personal. Y he aquí por qué en este momento era inevitable que yo, en persona, estuviera aquí.

La falsa paz, en la que todos hemos sido conscientemente educados y en la que hemos vivido nuestras vidas conscientes, la paz de la hegemonía de Occidente, racionalista, industrial... florece ahora en su inevitable fase última: la guerra. Cuando en agosto de 1929 me embarqué en Nueva York para la Argentina, mi América todavía creía vivir una prosperidad que duraría eternamente. Sumos sacerdotes, como Coolidge y Hoover, predicaban

con elocuencia que una nación juiciosamente dedicada a colocar dos automóviles y dos radios donde antes sólo había uno, estaba destinada a continuar así hasta la eternidad.

Acababa yo de publicar en Nueva York, Madrid y París *El redescubrimiento de América* que, heterodoxamente, analizaba la muerte de esa prosperidad, la muerte de Europa. Y algunos años antes, mi libro sobre España (que fué realmente un acto de amor) había profetizado el derrumbe de las "torres blancas" —los rascacielos—, el derrumbe del viejo mundo americano, de nuestra paz americana. Todos participamos en su descomposición; todos participamos —bien como candidatos al dominio, bien como víctimas— en el último furioso florecer de aquella paz, que es esta guerra.

Ésta es una verdad nueva en la breve historia del hombre. El oeste de Europa había tenido sus cataclismos que el Este, Asia y África ignoraron. Las Américas apenas se conocían unas a otras; hasta hace unos pocos siglos no conocían a Europa y Europa no las conocía. Hace sólo cien años, una flota americana golpeó por primera vez a las puertas del Japón. Hoy el mundo es uno, en cuerpo y en espíritu. Pero este destino *común* no es necesariamente *bueno*. La máquina ha significado un peligroso desafío para la humanidad; no ha traído la paz y la unidad que el hombre sólo desde su propia integración personal y social puede crear.

La máquina realiza lo que el hombre es, predominantemente. Ignorancia, cobardía, servilismo y miedo ya no son vicios privados. Si gobiernan al hombre, la máquina unificará al mundo en la ignorancia, la cobardía, el servilismo y el miedo. ¡Oh, sí: el mundo de mañana será uno! Uno en un acuerdo de infinitas variedades, de infinitas formas de verdad y de busca de la verdad... o en un delirio de locas esquirlas que guerreen.

Ésta es la dimensión espiritual de la máquina, creación de la voluntad del hombre; un desafío al hombre, para crecer o desaparecer.

Pero el hambre humana de unidad, que el poeta, el artista, el santo y el profeta han expresado —y de la cual ahora la máquina es el instrumento exterior—, esa hambre de unidad es tan esencialmente humana, que la siente hasta la partícula más fragmentaria del hombre; el estado o la cultura más viciosamente fragmentaria usurpan para sí la totalidad. Éste es el significado básico del totalitarismo. Porque *no* es total, debe insistir en que lo es. Porque su fragmento de totalidad *no* tiene espacio para la infinita variedad de la unidad humana, debe barrer lo que en él no tiene lugar. Aun el caos está hambriento de universo. Si fracasa, miente. Levanta a un individuo como símbolo lastimoso de su falsa unidad —generalmente el individuo que mejor representa todos los fracasos del pueblo— y, sobre todo, asesina. El "orden" totalitario es la rígida estratificación del desorden.

Cuando en Europa esta enfermedad se hizo virulenta, los Estados más modernos —es decir, los más corrompidos— pensaron llegar a un arreglo, apaciguar y aun aprovechar y "hacer negocios" con él. Pero era como tratar de hacer negocios con la peste bubónica. En todas partes el resultado de tal locura fué el desastre.

Esto, esta trágica impotencia de todo país, de todo pueblo, de toda persona para permanecer fuera del movimiento actual del mundo, ¿qué demuestra? Demuestra que *estamos en el alba de la primera era orgánica del hombre;* la primera era, en la breve historia del hombre, en que podrá crearse una cultura que abarque a todos los hombres de cada nación, a

todas las naciones del Este y Oeste —y lo que es más esencial— *al hombre total de cada hombre;* y ésa es la única alternativa frente al desastre.

Pero este amanecer no es seguro como la salida del sol de mañana. Este amanecer es un nacimiento; como todo nacimiento, pasa a través de las sombras de la muerte. Ahora estamos pasando, todos, a través de esta muerte. No es extraño que las inmensas fuerzas de nuestro pasado nos retrotraigan a la oscuridad y al caos: el empleo —en nombre de la muerte— de las máquinas y de todas las instigaciones del egoísmo, del hastío, del cinismo —ese hijo bastardo del hastío— nos llevan hacia atrás. El caos tiene de su parte las edades infinitas, oscuras, de la infancia de la humanidad y lo infantil de cada uno de nosotros. La unidad humana sólo tiene de su parte la semilla del espíritu del hombre.

El gran pecado —y lo repito, ha sido el pecado de la mayor parte de los intelectuales y artistas en todo el mundo— es la pasividad, pues significa traicionar nuestro destino, ir contra el latido dinámico de la vida misma.

Estoy hablando como artista e intelectual a hermanos artistas e intelectuales. Estoy hablando en términos del espíritu, que es nuestro dominio común, en el que todos hablamos una lengua de valor y propósitos comunes. Sí: América es una pequeña minoría en el mundo; todas las Américas juntas son escasamente una décima parte de la población del mundo. Y en este hemisferio menor, encerrados a ambos lados por pueblos amenazados y amenazantes, nosotros, los intelectuales, somos una minoría. Pero, hoy, a diferencia de nuestros hermanos en minoría de Asia y Europa, no hemos sido arrollados; y no estamos sin defensa. Tampoco aquí hablo de armas y barcos, sino de fuerzas morales a las que las armas y los barcos obedecen. Porque es mentira que las máquinas ganarán la guerra: la ganará el espíritu de tinieblas o de vida, detrás de las máquinas.

Estoy hablando a mi propio pueblo de la palabra que se hizo vida; a mis propios compatriotas, los compatriotas del espíritu. Y, en cierto sentido, ni siquiera hablo tanto para mis hermanos como para mí mismo.

Y he aquí lo que digo: que una minoría dentro de una minoría, teniendo de su parte la conciencia del destino del hombre, puede salvarse; y puede salvar el mundo. ¡Pero sólo si cree, con hondura suficiente, en la vida; si cumple el sentido del destino humano con la hondura necesaria para poder tomar la iniciativa, la iniciativa que la cobardía de los intelectuales del mundo entero abandonó a las fuerzas de la muerte!

Porque es verdad: el destino del hombre es crecer en conocimiento y en libertad. Este crecimiento, a través de la sangre, y el error, y la angustia..., es carne de la carne del hombre, sangre de su sangre. Pero este inevitable destino del hombre hacia adelante, hacia la vida de la libertad, no es dado a todas las generaciones. Una raza determinada o un continente de hombres, como un individuo aislado, pueden caer en la oscuridad y la muerte a pesar del alto destino del hombre. Muchos son los llamados, pocos los elegidos.

Las Américas han sido llamadas. Y éste es el signo sacramental de nuestras vidas: elegir está en nuestras manos, en nuestras humildes manos y en nuestros espíritus".

INDICE

Pág.

Doce epitafios de nubes chinas grabados en las piedras de una terraza, por *Silvina Ocampo* 7
Trascendencia y valor, por *Francisco Romero* 12
La muerte y la brújula, por *Jorge Luis Borges* 27
Diluvio, por *Eduardo González Lanuza* 40
La reconstrucción de Europa, por *N. P. Lenoir* 41

NOTAS

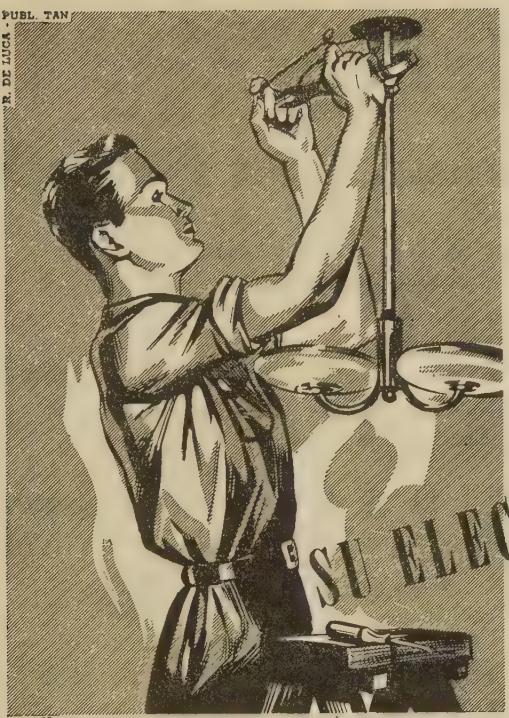
Sir Hugh Walpole y la novela inglesa, por *Hugo Manning* . . 56
Los LIBROS: Jorge Luis Borges: "El jardín de senderos que se bifurcan", por *Adolfo Bioy Casares* 60
Eduardo Mallea: "Todo verdor perecerá", por *Guillermo de Torre* 65
Alfonso Reyes: "Pasado inmediato y otros ensayos", por *Enrique Anderson Imbert* 68
Gilbert Murray: "El espíritu de libertad y la civilización", por *Arturo Monfort* 70
POLÉMICA: Observación final, por *Jorge Luis Borges* 72
La Universidad y la cultura 73
Waldo Frank en Buenos Aires 75

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 037921
Título de marca Nº 159.486.

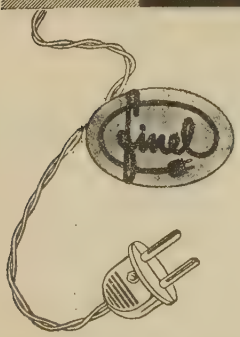
ESTE NONAGÉSIMO SEGUNDO NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA DE MAYO DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y DOS EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES

PUBL. TAN
R. DE LUCA -



ATENTO AL PRIMER LLAMADO

SU ELECTRICISTA



Su Electricista **está siempre a las órdenes del cliente. Sus conocimientos y experiencia le serán a Vd. útiles, ya se trate de subsanar un simple desperfecto o de hacer una instalación.**

Haga revisar periódicamente los aparatos eléctricos y la instalación de su casa a **Su electricista,** *y disfrutará con seguridad y economía, las múltiples ventajas que le brinda la electricidad.*

CONSULTE A SU ELECTRICISTA: LE ACONSEJARA BIEN

EDICIONES SUR

TESTIMONIOS 2ª. Serie (1935-1941) *por VICTORIA OCAMPO*

Literatura - La Mujer - América - Amistades - La Guerra

Un cuidado volumen de 520 páginas, con numerosas fotografías, donde la autora ha reunido gran parte de su labor intelectual de los últimos siete años. ★ ($ 7.-)

EL JARDIN DE SENDEROS QUE SE BIFURCAN

por JORGE LUIS BORGES

Una muerte simbólica, una biblioteca infinita, una lotería implacable, un libro que abolirá la realidad... ★ ($ 2.80)

SAN ISIDRO *por VICTORIA OCAMPO*

Con un poema de Silvina Ocampo y 68 fotografías de Gustav Thorlichen. ★ ($ 16.-)

TRES GUINEAS *por VIRGINIA WOLFF*

Un libro constructivo y seductor. Todos los hombres conscientes deben leerlo; y no sólo leerlo, sino estudiarlo, todas las mujeres responsables que tengan algún deseo de ayudar a la humanidad. ★ ($ 3.50)

EL DESTINO DEL HOMO SAPIENS *por H. G. WELLS*

Los orígenes de la guerra actual. Juicio magistral sobre el nazismo, el comunismo y la democracia. ★ ($ 3.50)

¿CAMBIAR EL MUNDO O CAMBIAR EL HOMBRE?

por DENIS DE ROUGEMONT

La única solución, para el cristiano, del problema esencial de nuestro tiempo. ★ ($ 1.-)

UN BARBARO EN ASIA *por HENRI MICHAUX*

El libro más concreto, más vívido, a veces más cínico, sobre el Asia. ★ ($ 3.-)

GARCIA LORCA PERSONA Y CREACION

por ALFREDO DE LA GUARDIA

Apuntes biográficos y exégesis del gran poeta andaluz. ★ ($ 3.-)

HEMOS
adquirido
PRESTIGIO
como impresores de libros

Esta consagración no solamente se debe a la pulcritud y perfección, ya indiscutible, de cada obra que sale de nuestras prensas, sino también al excelente servicio y colaboración que prestamos a los autores. Para ello contamos con verdaderos artistas egresados de las más importantes escuelas del libro, y con un cuerpo de expertos correctores que poseen vasta erudición y amplios conocimientos técnicos. Disponemos asimismo de una gran maquinaria moderna, con un sinnúmero de implementos mecánicos y un surtido enorme de tipos procedentes de las mejores fundiciones del mundo, lo cual nos permite adaptar con toda justeza la letra adecuada para cada obra, según su índole.

Nuestra organización perfecta en sus más mínimos detalles CON MAS DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA, EN CONSTANTE SUPERACION AL SERVICIO DEL LIBRO, nos permite producir las mejores ediciones a precios sumamente moderados.

ANTES DE IMPRIMIR SU OBRA
CONSULTENOS

IMPRENTA LOPEZ
al servicio del libro

PERU 666 ★ BUENOS AIRES
TELEFONOS: 33, AVENIDA 5261 y 6917

EDITIONS DES LETTRES FRANÇAISES

LE ROMAN POLICIER

por

Roger Caillois

★ **($ 1.80 m/n.)**

POÈMES DE LA FRANCE MALHEUREUSE

por

Jules Supervielle

★ **($ 1.20 m/n.)**

Acaban de aparecer:

EL PENSAMIENTO VIVO DE BOLÍVAR, por *R. Blanco-Fombona* .. $ 3.—
Los mejores discursos, mensajes y cartas del Libertador, elegidos, prologados y precedidos de un estudio crítico por uno de sus mejores conocedores.

EL HOMBRE QUE NO QUISO SER REY, por *E. Rodríguez Fabregat* .. „ 4.—
La historia, que parece leyenda, de Amador Bueno, el Aclamado, héroe paulista, de vida tan extraordinaria como poco conocida, narrada aquí en forma novelesca.

LAS AVENTURAS DE CELENDÍN, por *Ana M. Berry* .. .. „ 4.—
Deliciosos cuentos y relatos para niños, con originales ilustraciones de Manuel Angeles Ortiz.

FIESTA EN NOVIEMBRE, por *Eduardo Mallea* .. .. „ 1.50
Una de las novelas más festejadas del gran escritor argentino que aparece simultáneamente traducida en Norteamérica.

TRES NOVELAS DE PAYRÓ. Con pícaros en tres miras, por *Enrique Anderson Imbert* .. .. „ 1.25
Estudio literario, crítico y sociológico sobre el gran novelista argentino.

MI DIARIO EN BERLÍN, por *William L. Shirer* .. .. „ 7.—
El libro político más sensacional del momento.

LA ARBOLEDA PERDIDA (Libro primero de Memorias) y otras prosas, por *Rafael Alberti* .. .. „ 3.25
Alberti, poeta, se revela aquí como prosista de una gran personalidad.

REDESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA EN EL ARTE, por *Angel Guido* „ 14.—

PRINCIPIOS DE CONTABILIDAD, por *Alejandro Prieto* .. .. „ 9.—

ECONOMÍA NACIONAL, por *F. List* .. .. „ 7.50

HISTORIA ECONÓMICA DE LOS ESTADOS UNIDOS, por *Edward C. Kirkland* .. .. „ 15.—

BOSQUEJO DE UNA INTRODUCCIÓN AL FOLKLORE, por *Augusto R. Cortázar* .. .. „ 0.50

TEORÍA POLÍTICA, por *R. Kranenburg* .. .. „ 2.75

EL TRIMESTRE ECONÓMICO (enero-marzo de 1942) .. .. „ 2.50

VERBUM (Revista) Nº 1 .. .. „ 2.50

EDITORIAL LOSADA, S. A.
ALSINA 1131 **BUENOS AIRES**

S U M A R I O

SILVINA OCAMPO: Doce epitafios de nubes chinas grabados en las piedras de una terraza ☆ *FRANCISCO ROMERO*: Trascendencia y valor ☆ *JORGE LUIS BORGES*: La muerte y la brújula ☆ *EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA*: Diluvio ☆ *N. P. LENOIR*: La reconstrucción de Europa ☆ NOTAS ☆ *HUGO MANNING*: Sir Hugh Walpole y la novela inglesa ☆ Los LIBROS, por *Adolfo Bioy Casares, Guillermo de Torre, Enrique Anderson Imbert* y *Arturo Monfort* ☆ POLÉMICA ☆ *JORGE LUIS BORGES*: Observación final ☆ La Universidad y la cultura ☆ Waldo Frank en Buenos Aires

M A Y O D E 1 9 4 2

$ 1.-